

Conferencias sudamericanas

y otros escritos

José Vasconcelos

Recopilación, estudio introductorio y notas

Raúl Trejo Villalobos



José Vasconcelos

Conferencias sudamericanas y otros escritos

Raúl Trejo Villalobos
Recopilación, estudio introductorio y notas



José Vasconcelos
Conferencias sudamericanas y otros escritos
México: Silla vacía Editorial

Primera edición, MMXIX

Colección: Memoria colectiva

Corrección, diseño e impresión



ISBN: 978-607-98445-3-0

Editor: Miguel Ángel García Guzmán / Silla vacía Editorial
Miguel Cabrera 88ª
Centro Histórico
CP 58000
Morelia, Michoacán
Tel. 01-443-3-12-26-29

Impreso en México / *Printed in Mexico*

www.sillavaciaeditorial.com

Índice



José Vasconcelos: una cicatriz de fuego

Raúl Trejo Villalobos

Rasgos biográficos[1]

José Vasconcelos Calderón nació en el Estado de Oaxaca el 27 de febrero de 1882 en el seno de una familia porfiriana de clase media. Dada la circunstancia que su padre trabajaba para el gobierno mexicano como agente aduanal, Vasconcelos viajó bastante y radicó en distintos Estados de la república durante su infancia y adolescencia: Chiapas, Sonora, Coahuila (1887-1894), Estado de México (1895), Campeche (1896-1898) y Ciudad de México (1899-1910) constituyen parte de su itinerario.

Además de los viajes, otros asuntos de interés, durante la etapa de la infancia, consisten en haber recibido una fuerte educación cristiana, directamente de su madre; haberse destacado como estudiante tanto en Piedras Negras como en Campeche; y, además, haber descubierto su vocación filosófica. Entre 1899 y 1910, durante su etapa adolescente, José Vasconcelos radica en la Ciudad de México. En esta, estudia la preparatoria y la licenciatura en derecho (de fuerte orientación positivista), adquiere el título de abogado en 1905 y conoce, además, a quienes formarán en 1909 el Ateneo de la Juventud. Se involucra, por último, en la política: conoce a Francisco I. Madero y se afilia al movimiento antireeleccionista.

---

[1] Los primeros dos apartados de esta introducción son tomados de una publicación anterior, con algunos ligeros cambios. Cfr. Trejo Villalobos, Raúl, "José Vasconcelos". [En línea] *Enciclopedia Electrónica de Filosofía Mexicana*. Disponible en: https://bit.ly/30HnAWL [Consulta 15 de mayo de 2019].

Entre 1910 y 1925, durante su primera madurez, Vasconcelos se exilia por dos veces en los últimos años de gobierno de Porfirio Díaz; una más, durante la dictadura de Victoriano Huerta; y una última, en el gobierno de Carranza. Intermitentemente, entre los exilios, participa en las Conferencias del Ateneo (1910), se hace presidente de esta Asociación (1911-1912), funge por unas semanas como Director de la Escuela Nacional Preparatoria, participa en la Convención Nacional Revolucionaria de Aguascalientes y el gobierno provisional de Eulalio Gutiérrez lo nombra Ministro de Educación (1914). Entre 1920 y 1924, es llamado por el movimiento de Agua Prieta y es nombrado, primero, Rector de la Universidad Nacional y, después, Secretario de Educación.

De este mismo período cabe señalar que fue nombrado en dos ocasiones agente confidencial, primero por Madero y luego por Carranza; mantuvo una relación amorosa con Elena Arizmendi; aprovechó de los exilios para estudiar, por cuenta y riesgo propio, filosofía; fundó el semanario *La Antorcha* (1924-1925) –que dejó en manos de Samuel Ramos al exiliarse–; y, finalmente, publicó sus primeros libros: *Pitágoras: una teoría del ritmo* (1916 y 1921), *Monismo estético* (1918), *Divagaciones literarias* (1919), *Estudios indostánicos* (1920), *Prometeo vencedor* (1920), *La revulsión de la energía* (1924).

Entre 1925 y 1938, nuestro Ulises, a excepción del año en que es candidato a la presidencia (1929), vive prácticamente en el exilio: además de haber recorrido buena parte de América, Europa, el norte de África y el Medio oriente, radicó en España (1932-1933), Argentina (1933-1935) y Estados Unidos (1935-1938). En este tiempo, Vasconcelos dicta conferencias, participa en mítines antiimperialistas (Bruselas, 1926; Nueva York, 1928; París, 1931), imparte clases de sociología (1926-1928), hace campañas prohispanoamericanas (1930), mantiene una relación amorosa con Antonieta Rivas Mercado (1929-1931), funda *La Antorcha* en su segunda época (1931-

1932) y publica sus principales libros, quizás los más conocidos: *La raza cósmica* (1925), *Indología* (1926), *Tratado de metafísica* (1929), *Pesimismo alegre* (1931), Ética (1932), *La sonata mágica* (1933) *Bolivarismo y Monroísmo* (1934), *De Robinson a Odiseo* (1935), *Ulises Criollo* (1935), *Estética* (1936), *La tormenta* (1936), *Historia del pensamiento filosófico* (1937), *Breve historia de México* (1937), *El desastre* (1938).

En este mismo período, en cuanto a la política se refiere, en México predomina Plutarco Elías Calles, enemigo político de Vasconcelos. Hacia 1936, cuando Calles fue expulsado del país por Lázaro Cárdenas, ambos políticos se encuentran en California para proyectar el derrocamiento de Cárdenas. Finalmente, dicho proyecto no se llevó a cabo y Vasconcelos regresa a México en 1938.

Entre 1938 y 1959, Vasconcelos pasa por su etapa de senectud. Aunque viaja constantemente a Estados Unidos, Argentina, España, Guatemala, Perú, entre otros países, radica principalmente en México. Alejado de la política, no deja de hacer críticas al gobierno mexicano, se hace amigo de dictadores hispanoamericanos (Franco, Trujillo, Perón), reingresa a la Iglesia Católica, dirige una revista de propaganda Nazi (*Timón*, 1940) y dirige la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de México; participa, además, en varios Congresos y crea una asociación y una revista de filosofía.

Algunos de los libros que publicó en este período, son: *El proconsulado* (1939), *Manual de filosofía* (1940), *Realismo científico* (1943), *Lógica orgánica* (1945), *Todología* (1952), *Filosofía estética* (1952), *Temas contemporáneos* (1956), *En el ocaso de mi vida* (1957), *Don Evaristo Madero: biografía de un patricio* (1958), *La flama* (1959). Además, reeditó *La raza cósmica* (1948, mutilada) y los cuatro tomos de sus memorias (1958, expurgadas). Entre 1957 y 1961 se editaron cuatro tomos de sus *Obras Completas*, edición que quedó incompleta toda vez que no se recogen en estas todos sus libros.

Según la filosofía social y la filosofía de la historia de Vasconcelos, a principios de siglo se vivía en la época que predominaba el estado intelectual y racional de la socie-

dad y pronto vendría el estado estético, filosófico, religioso y místico de la misma: el de la raza cósmica. De hecho, podemos afirmar que con su paso por la Secretaría de Educación y con su candidatura a la presidencia, él mismo se sentía el artífice para apurar a que llegara dicho período. Su fracaso en la política, sin embargo, lo llevó a un escepticismo con respecto a la política mexicana, a concebir un retroceso en la sociedad y a él, a tomar una postura conservadora. Desde esta perspectiva, escribe y publica, entre otros, sus últimos libros filosóficos que son la parte final de su sistema.

El sistema filosófico

El pensamiento, al decir de José Vasconcelos, se clasifica en tres tipos: el poético, el filosófico y el religioso. Las filosofías, por su parte, se clasifican en dos tipos: las del análisis y las de la síntesis. Mientras que dentro de las primeras concibe en buena medida al pensamiento científico, él se circunscribe a las del segundo tipo. Su filosofía es una filosofía de la síntesis y pretende ser un sistema, independientemente y más allá de que a principios del siglo xx se conciba a los sistemas como cosas del pasado. Además, pretende ser un sistema monista y estético: una metafísica estética.

Hasta aquí tres características fundamentales del pensamiento filosófico de Vasconcelos: es sintético, pero no entendiendo la síntesis a la manera de Hegel, como el resultado y la dialéctica entre la tesis y la antítesis; es monista, pero no entendiendo el monismo a la manera de Spinoza. Lo que distancia a Vasconcelos de estos dos pensadores es el racionalismo y el idealismo, dicho de otro modo: el abstraccionismo. En torno al monismo, Vasconcelos se siente más cerca de Plotino, pero es un monismo que debe tener como punto de partida los avances de las ciencias contemporáneas.

Y, finalmente, es estético. En este sentido, advierte en varias partes, que su punto de partida está en *La crítica del juicio* de Kant. Y, además, agrega: si Kant fundó la metafísica a partir de la ética, de la filosofía práctica, es momento de ir viendo la necesidad y la posibilidad de una metafísica estética.

Según el sistema filosófico de Vasconcelos, desde un punto vista, todo es energía. Y, desde otro, todo es Dios. Desde esta perspectiva, según Vasconcelos, toda la filosofía debe partir de los últimos conocimientos científicos y debe conducir al hombre y la totalidad de la realidad hacia Dios, en tanto que ser absoluto y como sentido último de todo lo existente.

Desde el primer punto de vista, todo cuanto existe, la realidad toda, está compuesta en tres órdenes o en tres ciclos de una misma sustancia: la energía. Estos tres órdenes o ciclos son, a saber: el de la materia, el de la vida y el de la conciencia o el espíritu. Para decirlo en otros términos, podemos hacerlo de la siguiente manera: el mundo del átomo, el mundo de la célula y el mundo de la conciencia.

Cada uno de estos ciclos o mundos, aunque pertenecen a una misma sustancia, se refieren a cosas distintas que tienen diferentes características. El primero es una estructura (todo lo que es materia inanimada) que se caracteriza por el acto repetición, el segundo es un organismo (naturaleza vegetal, especies animales, hombre) que se caracteriza por el acto finalidad y el tercero es una conciencia (principalmente en el hombre y más allá de este) que se caracteriza por el espíritu creador.

En tanto que monismo, en la medida que todo emerge de una sustancia, la explicación del paso de un ciclo a otro, Vasconcelos lo expone en su teoría de *La revulsión de la energía*. Primero, en términos generales, entre la energía material y la energía espiritual, está la energía vital. Entre la primera y la tercera, muy cercano a Plotino en este aspecto, para Vasconcelos la primera (la material)

es una energía descendente y la tercera (la espiritual) una ascendente. Segundo, en términos más concretos, el paso de la primera a la segunda, de la estructura al organismo, consiste precisamente en la aparición, en algún momento, de unos movimientos sin orientación, sin sentido y sin fines específicos a unos movimientos con orientación, con sentido y con fines concretos.

Ahora bien, dentro de este mismo punto de vista, pero concentrándonos en el mundo del hombre, en tanto que entidad histórica y social, Vasconcelos plantea su filosofía de la historia y su filosofía social a través de la ley de los tres estados.

Contrario a la que plantea Comte, Vasconcelos considera que todas las sociedades han pasado por al menos dos momentos o dos períodos: el material y el intelectual. Las características del primero son la guerra, la necesidad. Las del segundo, los contratos sociales y las leyes.

Según Vasconcelos, el tercer estado de la sociedad está por venir: es el estado en el que hay un florecimiento del espíritu, de la libertad, mediante la síntesis de las razas y las culturas, mediante el mestizaje. La América hispánica, según nuestro autor, es la llamada a realizar dicha utopía: la de la raza cósmica.

A modo de acotación, cabe destacar que con estas dos teorías (la ley de los tres estados y la del mestizaje), partes fundamentales de su sistema filosófico, Vasconcelos se opone a las teorías del evolucionismo y las teorías de las razas puras, teorías positivistas ambas, muy en boga a finales del siglo XIX y principios del XX.

Desde el otro punto de vista, desde la conciencia, el espíritu y el camino que conduce a Dios, Vasconcelos plantea su estética. En este sentido, según Vasconcelos, algo de las tres etapas cósmicas se repite o se reproduce, análogamente, en la conciencia del hombre: inteligencia, que ordena y discierne sobre los hechos y las cosas; vida, que nos obliga a realizar actos y propósitos, que nos obliga a querer, que nos devela el mundo de la vo-

luntad y de la ética; y, por el último, el espíritu o, mejor dicho, lo más alto del espíritu, en el que todo lo material se transforma de acuerdo a arreglos de la imaginación y de la poesía y nos pone en el camino de lo sobrenatural, en la senda de la revelación.

La teoría del *a priori estético* es la idea central en esta parte de su sistema filosófico. De acuerdo a esta, el conocimiento ya no se da por el intelecto ni por los sentidos sino por la intuición, la imaginación y la emoción; o, para ser más precisos: por el ritmo, la melodía y la armonía que hay en las cosas y en nosotros mismos.

Por otro lado, específicamente en lo que respecta a las artes, Vasconcelos concibe las tres categorías estéticas: lo apolíneo, que atiende a las artes de la imaginación y de las formas; lo dionisíaco, que atiende a las artes de las pasiones; y, lo místico, que atiende a la conjunción de las artes, sobre todo, cuando estas están consagradas a Dios.

El ejemplo que pone nuestro filósofo respecto a lo último es la liturgia católica: síntesis de las artes que nos pone en el camino de la transfiguración de todas las cosas en el Espíritu Santo y de la revelación y de la redención. Si todo es energía en un determinado momento, al final de cuentas: todo es Dios.

En resumen: la teoría de la revulsión de la energía, la de la ley de los tres estados de la sociedad y la del *a priori estético* son, grosso modo, las teorías que componen su sistema filosófico y las que dan cuenta del por qué y el sentido final de la existencia. Por último, pero no menos importantes, es que este pensamiento ternario también sustenta la organización de la Secretaría de Educación Pública en tres departamentos: escuelas (condiciones materiales), bibliotecas (desarrollo de la vida intelectual) y bellas artes (procesos formativos espirituales).

Las Conferencias sudamericanas y otros escritos

Una vez dicho lo anterior, hablemos del rescate documental que representa la reunión de los textos en este libro. El primero, "Los tres grados de la belleza o lo apolíneo, lo dionisíaco y lo místico", se trata de un escrito seminal, leído a principios de 1910 en una de las sesiones del Ateneo de la Juventud, aunque fue publicado hasta 1925, en la revista *La Antorcha*, cuando partió a Europa; se trata, en efecto, del primer antecedente de su sistema filosófico, el monismo estético, y, más concretamente, de su *Estética* (1935).[2] El segundo, "Nueva ley de los tres estados", al igual que el anterior, es un escrito seminal, pero ahora de *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1926); y, fue publicado en la revista *El maestro*, a finales de 1921. Los cuatro textos restantes son dos conferencias y dos discursos a los que les dio lectura en su viaje a Sudamérica, en 1922, como embajador especial del gobierno mexicano ante los de Brasil y Argentina.[3] La relevancia de "El problema de México".[4] y "El alma latinoameri-

[2] Tenemos un análisis sobre este texto y estudiamos sus relaciones con sus libros filosóficos posteriores. Cfr. "Los tres grados de la belleza sensible: El nacimiento de un sistema filosófico", en *Analogía filosófica*, Año xviii, No. 2, México, 2014, pp. 131-146.

[3] A finales de 1922, el presidente Álvaro Obregón comisionó a José Vasconcelos como embajador especial para asistir a las fiestas del Centenario de la Independencia de Brasil y a la ceremonia de la sucesión presidencial en Argentina. De paso, visitó Uruguay y Chile. El viaje se realizó entre agosto y diciembre y la comitiva estuvo conformada, además de Vasconcelos, por Carlos Pellicer, Julio Torri, Ricardo Gómez Robelo, Fanny Anitúa y Pedro Henríquez Ureña. Para ese entonces, no está demás advertirlo, el gobierno de Obregón no tenía el reconocimiento oficial de Estados Unidos.

[4] Después de haber terminado la tesis doctoral y haberla presentado en 2010 en la Universidad de Salamanca, algunas de nuestras ocupaciones han sido precisamente las de difundir algunos textos olvidados de nuestro autor. En este sentido, advertimos que esta conferencia ya la publicamos una vez. Cfr. "El problema de México (1922). Una conferencia de José Vasconcelos", en *Academia Mexicana*

cana y su símbolo heroico"[5] consiste en la perspectiva histórica que sostiene Vasconcelos durante estos años, una perspectiva que se verá radicalmente modificada posteriormente a los años treinta. "Orientaciones del pensamiento en México"[6] es una conferencia impartida el 5 de octubre de ese mismo año en la Universidad Nacional de Córdoba. En esta aborda algunos problemas sobre la educación y la cultura, así como algunos cambios que se están realizando desde el gobierno con el propósito de atender las dificultades más apremiantes. En las palabras de presentación impresas en el folleto de dicha universidad, podemos leer una síntesis bella y precisa de su propuesta filosófica:

> Vinculado a la tradición más ilustre del pensamiento filosófico de todos los tiempos, una sed de totalidad, propia de una conciencia que medita el universo, ha llevado a José Vasconcelos a buscar con afán un principio unificador de las actividades intelectuales, artísticas y morales, y creé haberlo encontrado en el pathos inefable de la belleza. Su espíritu aferrado a la indestructible intuición de la síntesis, aspira al sistema; pues, aun cuando el sistema sea falible y propenso a yerros, a lo menos es un sistema.
>
> La acción del pathos estético, expresado en un pasaje de Kant, le suministra la base del sistema que nos ofrece. Para determinar su naturaleza y cómo se relaciona con las demás fuerzas del mundo, físicas y morales, el pensador atiende a su propia fuerza interior y retornándola al primitivo «yo soy», la compara con la esencia del mundo exterior.
>
> El fenómeno es un tejido uniforme movido por una fuerza oscura y secreta, común a toda substancia. En el interior de la

de la Historia. Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, México: Academia Mexicana de la Historia, 2011, pp. 213-252.

5 De todos los escritos aquí reunidos, este es el más conocido, pues ha tenido más suerte de ser reeditado con el título: "Discurso de José Vasconcelos en las fiestas centenarias del Brasil. La entrega de la estatua de Cuauhtémoc al Brasil".

6 Al igual que la conferencia anterior, esta también ya fue publicada una primera vez. Cfr. Trejo Villalobos, Raúl, "José Vasconcelos", en *Pensares y Quehaceres. Revista de políticas de la filosofía*, No. 9, Marzo de 2010, pp. 43-62.

> materia opera un movimiento cuyo semejante se encuentra en el orden subjetivo, en lo íntimo de la conciencia del hombre.

Existen, pues, dos movimientos, uno objetivo, el otro subjetivo. Ambos emprenden rumbos diferentes sin divergir. El primero está gobernado por la gravedad y por todas las leyes físicas: se llama, por esto, newtoniano; el segundo se aparta tangente a la tierra y se dirige al infinito, y se llama por esto, pitagórico. Es el movimiento de la libertad y el pathos estético.

Por último, tenemos "Discurso en Chile", en el que Vasconcelos agradece ser miembro de la Facultad de Humanidades de Santiago de Chile y, a la vez, plantea algunas ideas relativas a la misión de la Universidad hispanoamericana.

Con el propósito de que el lector pueda hacerse de más elementos sobre el contexto de este viaje, lo remitimos al apartado "Notas de viaje", de *La raza cósmica*, no sin antes advertirle que en la segunda edición, a partir de los años cuarenta, Vasconcelos suprimió las partes correspondientes a su visita a Uruguay y Chile, pues su paso en estos no fue del todo afable.[7]

Una cicatriz de fuego

José Vasconcelos falleció el 30 de junio de 1959, en la Ciudad de México, a la edad de 77 años. De los discursos a propósito de su deceso, traemos a cuenta dos. En el primero, Eduardo García Máynez significa en pocas palabras la diversidad, la variedad y la pluralidad de actitudes y personalidades, todos en uno, de nuestro Ulises Criollo. Específicamente, expresa:

> En José Vasconcelos [...] no había uno sino muchos hombres. Las facetas de su compleja personalidad irradian luz en direcciones

[7] Cfr. Yankelevich, Pablo, "Nosotros y los otros: Vasconcelos en Uruguay y Chile", en *Universidad de México*, No. 593-594, Junio-julio de 2000, pp. 60-62.

> múltiples: abogado y filósofo, místico y político, escritor y maestro, es, sin disputa, la figura intelectual y humana más apasionante que ha producido México [...]. Cinco de las seis formas de vida que Spranger describe en su famosa obra encarnan, con mayor o menor fuerza, en el autor de *Bolivarismo y monroísmo*. No es solo forjador de teorías, reformador social, revolucionario y creyente, sino además –y en primer término– esteta que pretende entender en función de una ley de belleza todos los aspectos del Cosmos [...]. Las líneas con que el psicólogo alemán traza la silueta de este último tipo humano, podrían servirnos para reconstruir la imagen de Vasconcelos: menosprecio del pensamiento conceptual o puramente abstracto; amor a la síntesis y desdén del análisis; irracionalismo; subordinación de la actitud teórica al enfoque artístico y, sobre todo, creencia de que en lo estético reside el principio metafísico del mundo.[8]

El segundo comentario es de Alfonso Reyes, amigo y compañero de toda la vida, desde los años del Ateneo de la Juventud. En este, se significa, entre otras cuestiones, la complejidad, la identidad y una o muchas tareas pendientes. Primeramente, recuerda:

> Hace más de cuarenta años, cuando él andaba por el Sur de los Estados Unidos y yo vivía en Madrid, José Vasconcelos me escribió: «Alfonso, a juzgar por lo que vivimos, sentimos y pensamos, tú y yo moriremos con el corazón reventado». La profecía ha comenzado a cumplirse, y creo que se cumplirá hasta el fin. Me llevaba siete años, y se me ha adelantado un poco, eso es todo.[9]

Y cierra su alocución con las siguientes palabras:

> Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni

[8] García Máynez, Eduardo (Comp). *Homenaje del Colegio Nacional a Samuel Ramos y José Vasconcelos*, México, El Colegio Nacional, 1960, p. 23.
[9] Fell, Claude (Comp. y notas). *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959*, México, El Colegio Nacional, 1995, p. 104.

> la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe.[10]

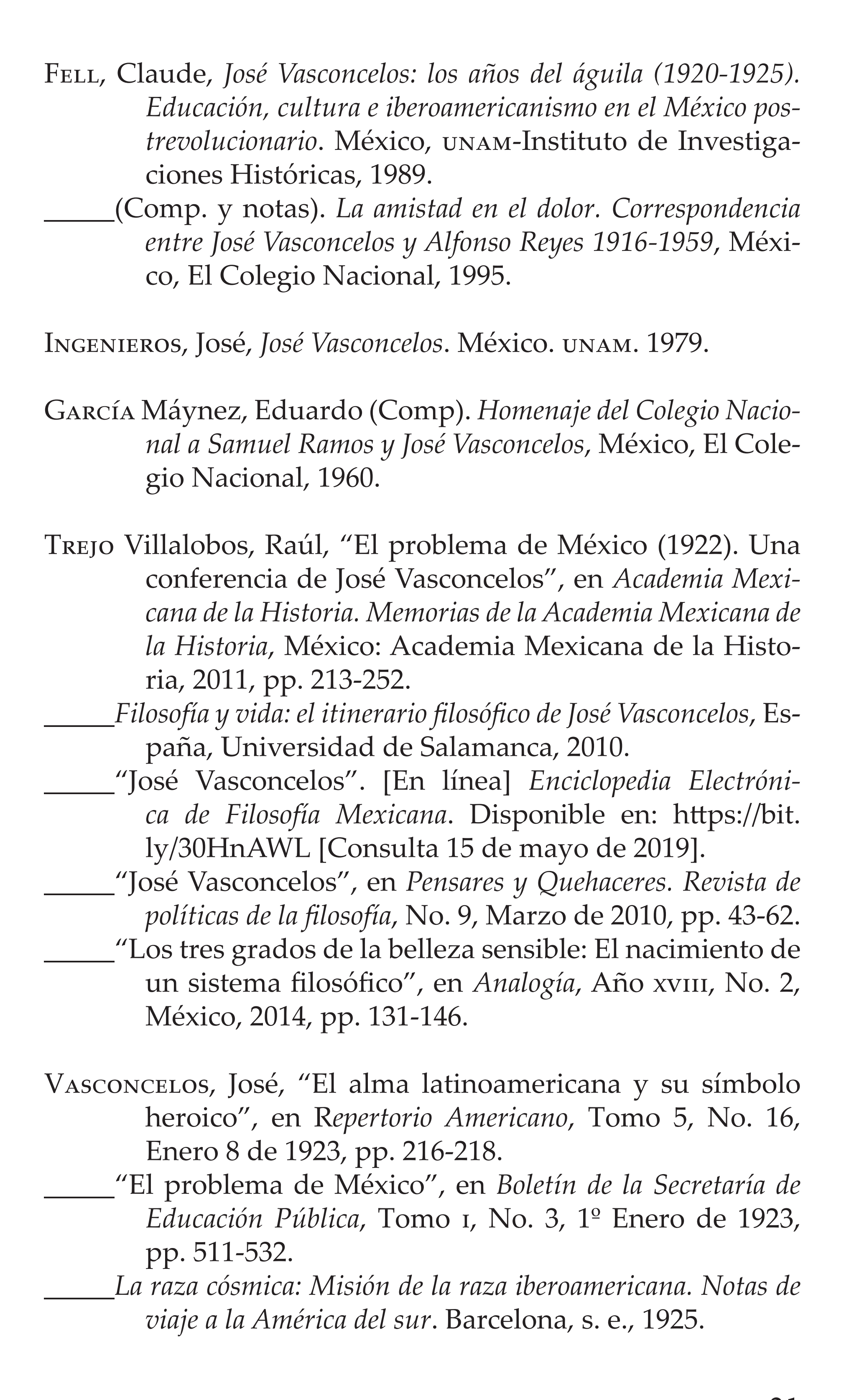
En efecto, nosotros también creemos que José Vasconcelos fue un hombre de múltiples facetas, un hombre que fue muchos hombres; un hombre arrebatado, con muchas cumbres y abismos. Asimismo, también creemos que, después de su muerte (o incluso desde antes de su muerte), es y ha sido una cicatriz de fuego, una herida que no cierra, que se mantiene en carne viva. Esta herida (o cicatriz) que representa Vasconcelos es, para nosotros, y para decirlo en pocas palabras, un pendiente, muchos pendientes. Uno de ellos, por ejemplo, consiste en recuperar y dar a conocer varios textos como los que se presentan aquí.

A manera de cierre, no queremos dejar pasar la oportunidad de subrayar que los textos aquí reunidos son solamente una parte de un conjunto más numeroso que esperamos se puedan dar a la luz pública lo más pronto posible. A dicho proyecto le titulamos: *José Vasconcelos (1920-1924): ideario de acción*, a propósito de cumplirse próximamente los cien años de haberse creado la Secretaría de Educación Pública. Asimismo, hacemos patente nuestro más amplio reconocimiento y agradecimiento a José Antonio Natarén Aquino, por todo su apoyo en la realización de este proyecto.

---

[10] *Ibidem.*

Referencias



Fell, Claude, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México, unam-Instituto de Investigaciones Históricas, 1989.

_____(Comp. y notas). *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959*, México, El Colegio Nacional, 1995.

Ingenieros, José, *José Vasconcelos*. México. unam. 1979.

García Máynez, Eduardo (Comp). *Homenaje del Colegio Nacional a Samuel Ramos y José Vasconcelos*, México, El Colegio Nacional, 1960.

Trejo Villalobos, Raúl, "El problema de México (1922). Una conferencia de José Vasconcelos", en *Academia Mexicana de la Historia. Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México: Academia Mexicana de la Historia, 2011, pp. 213-252.

_____*Filosofía y vida: el itinerario filosófico de José Vasconcelos*, España, Universidad de Salamanca, 2010.

_____"José Vasconcelos". [En línea] *Enciclopedia Electrónica de Filosofía Mexicana*. Disponible en: https://bit.ly/30HnAWL [Consulta 15 de mayo de 2019].

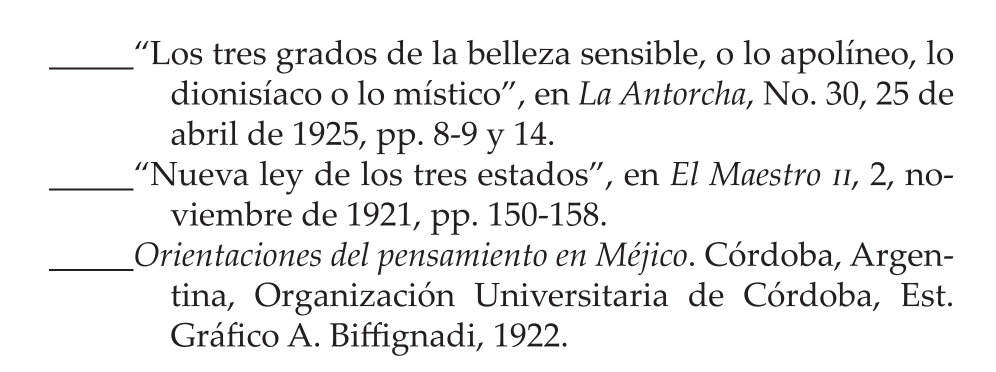
_____"José Vasconcelos", en *Pensares y Quehaceres. Revista de políticas de la filosofía*, No. 9, Marzo de 2010, pp. 43-62.

_____"Los tres grados de la belleza sensible: El nacimiento de un sistema filosófico", en *Analogía*, Año xviii, No. 2, México, 2014, pp. 131-146.

Vasconcelos, José, "El alma latinoamericana y su símbolo heroico", en R*epertorio Americano*, Tomo 5, No. 16, Enero 8 de 1923, pp. 216-218.

_____"El problema de México", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, Tomo i, No. 3, 1º Enero de 1923, pp. 511-532.

_____*La raza cósmica: Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del sur*. Barcelona, s. e., 1925.



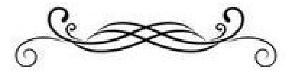
_____“Los tres grados de la belleza sensible, o lo apolíneo, lo dionisíaco o lo místico”, en *La Antorcha*, No. 30, 25 de abril de 1925, pp. 8-9 y 14.

_____“Nueva ley de los tres estados”, en *El Maestro II*, 2, noviembre de 1921, pp. 150-158.

_____*Orientaciones del pensamiento en Méjico*. Córdoba, Argentina, Organización Universitaria de Córdoba, Est. Gráfico A. Biffignadi, 1922.

Yankelevich, Pablo, “Nosotros y los otros: Vasconcelos en Uruguay y Chile”, en *Universidad de México*, No. 593-594, Junio-julio de 2000, pp. 60-62.

Conferencias sudamericanas
y otros escritos



Nota: en la presente edición se homologó la redacción de acuerdo a las normas contemporáneas de la RAE, ello respecto a la anulación del acento diacrítico para el uso del adverbio *sólo* y del pronombre demostrativo *éste*.

Los tres grados de la belleza o lo apolíneo, lo dionisíaco y lo místico*

Tengamos presente que la belleza es una cosa en sí, no un accesorio ni un ornamento, más bien, una ley interior de la imagen, ley diferente del simple mecanismo físico químico que rige la agregación y disgregación de los átomos y distinta también de la lógica que relaciona los conceptos así como la ley psicológica que maneja las imágenes por medio de analogías y asociaciones. La belleza puede participar de todo esto, pero es algo más que todo esto y a veces se atreve a contradecir todo esto; teniéndolo así presente intentemos un breve examen de las condiciones exteriores del proceso de la belleza.

Desde el punto de vista externo, la belleza es un estado en el cual el objeto a la imagen se nos presenta con caracteres de armonía y de acuerdo con nuestro gusto, es decir, con nuestro espíritu y al mismo tiempo dotados de una especie de lujo dinámico, de una aureola que revela energía sobrante aun después de que se ha realizado el propósito formal. De suerte que el objeto se ve perfecto y se ve animado. Lo meramente perfecto no es bello porque le falta el "elan", el impulso y el vuelo. Al mismo tiempo, lo feo aunque le sobra arranque no llegará a ser bello, se manifestará cuando más patético.

Cuando la imagen o la idea alcanzan su propia y suprema expresión; cuando la imagen se constituye de tal suerte que no podría concebirse más hermosa; y sin embargo subsiste algo como afán ideal, si todavía, sobre la perfección, tiembla un extraño ritmo, entonces, se puede asegurar que hay belleza.

---

* Fragmento de un libro juvenil sobre la estética del baile, que no llegó a terminarse.

En medio del desagrado que nos causa la multiplicidad inconexa de nuestras sensaciones, la armonía realizada de una manera espontánea, casi milagrosa por el sentimiento estético, nos aquieta y nos produce goce. Al mismo tiempo nos revela la posibilidad de un acuerdo de lo múltiple mediante un valor nuevo, más alto que la lógica y más alto que la misma ley de la forma. Observando en qué consiste ese valor milagroso, descubrimos que se manifiesta cuando la forma se acerca a la perfección, y todavía manifiesta una aspiración a lo trascendente.

Lo profundo de la belleza consiste, entonces en que, en vez que la forma se limita a lograr su manera y su finalidad más alta, todavía perdura en la imagen una energía indeterminable que ya no puede emplearse en pulimento y afinación puesto que ya se logró el propósito formal y se aplica a superar y trascender la forma misma y la idea de la forma. El anhelo de superar la forma se vuelve a menudo tan intenso, que los contornos de la imagen se miran evanescentes, como si ya fueran a verterse en una realidad superior; realidad que ya no se expresa con ningún signo porque trasciende a todos los símbolos. Se necesita pues que la forma se realice en la mejor de sus potencialidades y que enseguida tienda a superarse y a transfigurarse; sin transfiguración no hay belleza. El espíritu que ha dominado la extensión, penetra en lo estético al darse cuenta de que más allá de la forma hay un estado de profundo ritmo; de patética unción que ya ni puede ni debe cristalizar en imágenes. Los signos de la vista no alcanzan, tal condición infinita, apenas las sugieren. La forma se vuelve entonces como un lenguaje provisional, ya inútil, desde que la belleza alcanza plenitud. De tal suerte la belleza comienza tan pronto como la forma se destiende y se supera en el hálito de la transfiguración. Comienza cuando percibimos que las cosas exteriores, contradictorias de nuestra naturaleza y hostil a nuestra sensibilidad se tornan como afines merced a una suerte de comunicación que

identifica su ley externa con la ley interna de nuestras almas. Gracias al descubrimiento de esta insospechada identidad de ritmos, nos desentendemos de la mera forma y comulgamos con la esencia. Las artes meramente formales, como la pintura y la escultura difícilmente traducen esta comunicación esencial; lo logran solo en parte cuando impregnan, cuando se saturan de música. La música que es arte de movimiento interno, de movimiento antimecánico es decir estético, constituye por eso mismo un arte esencial de la revelación. Solo la música descriptiva pierde este sentido profundo. Lo mismo ocurre con el baile si no se subordina a la sensación, hará de la forma en movimiento un lenguaje que supera la sensación y casi revela el misterio.

La imagen que se agita para envolver, para libertarse de su ley propia, no para hacerse universal ni para conquistar arquetipo, sino para hacerse ilimitada y eterna para convertirse en esencia infinita ese confuso tránsito es lo que nosotros llamamos belleza. En cierta manera la belleza rompe los límites de la forma, desentraña la esencia y le da ritmo inesperado. Por lo mismo no hay nada de común entre la manera estética de percibir y sentir los objetos y la manera sensorial o la manera intelectual de concebirlos. El proceso estético no lleva a la idea como erróneamente lo creyó el platonismo; ni conduce a la voluptuosidad como lo han creído los hedonistas; no es ni sensorial ni ideal, se vale de ambas maneras como procedimientos más o menos felices para llegar a un fin, pero el fin es mucho más alto y podría llamarse un fin religioso. Produce goce como la sensación pero un goce que no fatiga ni daña pues engendra, cada vez más, más goce y produce claridad como el pensamiento, pero una claridad que no se detiene en el contorno de las figuras sino que penetra las esencias y las anima de ritmo trascendental. Usando una definición precisa podría afirmarse que la belleza es la última apariencia del fenómeno que comienza a transformarse

en nóumeno, cuando inicia su reversión al Nous infinito y dichoso. De todas maneras la belleza es una manera de redención de las cosas. A veces sentimos que una dulce contrición interior podría salvarnos, nos salva, pero luego advertimos que no queremos irnos solos; el mundo es en cierta manera profunda parte nuestra y creación nuestra; el amor que todo lo abarca de nada se quiere desprender; el verdadero amor es comunión con cuanto existe, no renunciamiento. Así lo entendió San Francisco de cuya doctrina se deriva una teoría estética que bien podría llamarse el "Asismo"; la comunicación de amor con todos los seres por el conducto de la belleza. En esta manera asista franciscana, de contemplar las cosas, está el germen de la verdadera interpretación filosófica de la belleza.

Reclamamos nuestras imágenes queridas; no queremos que cristalicen y se queden guardadas en el cielo platónico; queremos libertad de la forma, porque al fin y al cabo la forma es una convención nuestra, y para ellas una cárcel. Queremos que las imágenes nos sigan allí donde va nuestro espíritu, allí donde la forma se convierte en ritmo y se aniega de misterio, para renacer no sabemos cómo, pero sí estamos seguros de que renacerán sobrepujadas. Para llamar esto de algún modo lo denominamos intuición mística. En ella está el secreto y la ley de nuestra penetración en el misterio. Lo único que podemos afirmar de esta intuición mística es que constituye una manera de existencia que trasciende a lo físico, sin anularlo, transformándolo junto con nuestra conciencia, haciéndolo volver o para usar el viejo y exacto término transfigurándolo, y hay un rasgo de misterio en la transfiguración y es que no queremos, no debemos salvarnos solos; pretendemos que vayan con nosotros nuestros afines; nuestro mundo entero de formas y la sustancia misma de los cuerpos que han hecho parte de nuestra vida. Sin embargo de aquí no se deduce que anhelemos la resurrección de la carne, ni que las

imágenes amadas se repitan para perpetuarse; lo que el pathos estético logra es que las imágenes sufran también una transformación de acuerdo con nuestro propio aumento de capacidades y nuestro mayor grado de acercamiento a la divinidad. De tal suerte cada conciencia se ve con su mundo propio: pero ni la conciencia ni su mundo pretenden eternizarse en el grado imperfecto de lo temporal; pues no desean la incapacidad permanente; aspiran a la belleza, por eso van acercándose, poseídas de júbilo, al estado divino. La belleza no es entonces más que indicio y anticipación de la ley conforme a la cual se opera el cambio de lo corruptible a lo divino. Para expresarla de algún modo con palabras, digamos que la belleza es ritmo y júbilo en acción trascendental.

Donde no hay ímpetu elevado, donde no hay arranque trascendental, no puede haber belleza. La belleza siempre es Pathos, es movimiento, movimiento orientado a lo divino. Y en este misterioso proceso del ascenso redentor de la materia al espíritu y del espíritu a la infinita bondad jubilosa, podemos distinguir tres grados, a los cuales daremos tres nombres clásicos para facilitar mejor la comprensión de nuestra tesis. Distinguimos en el proceso trascendental de la belleza el período apolíneo, el período dionisíaco y el período místico. Lo Apolíneo, Lo Dionisíaco, lo Místico: he aquí los tres grados de toda belleza sensible.

Lo bello siempre es un proceso; no puede ser estático. La belleza es dinámica. Desde que el proceso divino se detiene la suspensión nos causa angustia y se interrumpe el júbilo sagrado; desaparece la emoción, la intuición de la belleza.

En el desenvolvimiento de la emoción estética, cada imagen ha de sugerir potencialidades y más ricas o más altas, y este símbolo ha de ser promesa de una finalidad ulterior. Fijar la imagen, suspenderla en un instante equivale a extinguir su esencia; de ahí que la belleza verdadera revele siempre, el temblor, el pulso, el ritmo del mundo.

Aún la escultura, la gran escultura posee frenesí sagrado. En la música es más fácil lograrlo, cualquier tripa que vibra conmueve el universo, en cambio solo un genio es capaz de imprimir soplo a la piedra. Al mismo tiempo con la música se llega más adelante, se penetra más al fondo; el arte de Bach supera al arte de las catedrales, dice lo mismo que las catedrales, y además otras muchas cosas que la catedral no sospechaba; voces que se salen de sus vanos, para sacudir la tierra y para inundar los cielos. Ya esta clase de música marca el final del proceso artístico hasta donde es dado al hombre alcanzarlo; representa el período místico de la belleza; pero comenzamos a definir el período inicial, el período apolíneo.

Apolo es la expresión de la belleza formal perfecta; y gusta de divertirse con la gracia de las formas hermosas, se deleita con el esplendor a tal punto que la mera figura lograda lo complace y lo calma; contemplándola no desea más. El triunfo y esplendor de la imagen. La imagen bella en sí misma, resplandeciente y fatal y deleitable, eso es lo apolíneo. Los griegos representaron tal género de arte en su escultura y los artistas modernos del baile, imitando los frisos antiguos, han llegado a manifestaciones de belleza deslumbrante. Para mayor claridad citaré ejemplos contemporáneos. Los bailes griegos de las discípulas de la Duncan que parecen una teoría desprendida de un vaso antiguo, pero espléndida de color, de movimiento y de vida, eso es un baile apolíneo: la forma y la vida en su gloria; la gloria es apolínea. Los sentidos se deleitan, la emoción se vuelve pura, la dicha se revela en la imagen misma que, nos cautiva a tal punto, que quisiéramos proclamarla inmortal. Sin embargo, puro y todo el espectáculo revela que el glorioso Apolo es un Dios engañador, quien le ofrenda reverencia. Hay un momento en que el pecado mismo colabora con la potencia de redención; un pecado que nos lleva a desear; y ya entonces, no nos satisface la imagen, ya no es un deleite tranquilo el que apacigua nuestros pechos, sino una quietud que se

acentúa, un ansia de posesión que se convierte en locura. La imagen se borra, la conciencia se turba, pasa una especie de maelstron por todos los sentidos, se produce una como embriaguez, la pasión se desenfrena y estalla el delirio: tal es el estado dionisíaco que trae consigo un nuevo aspecto de la belleza, un aspecto menos límpido, pero más hondo, más impregnado de tiempo, de ansiedad y de infinito. Una bacanal griega, bien bailada por una danzarina de genio como la Pavlowa da idea de lo que es como arte, el dionisíaco.

Todos conocemos también un género de baile en que las dos maneras de arte, la apolínea y la dionisíaca se compenetran y aún llegan a evocar la tercera; el género gitano, el flamenco español, a la vez castizo y oriental. Un garrotín por ejemplo de Pastora Imperio es todo un drama complejo y profundo en el cual podemos advertir las tres distintas fases que señalamos en el fenómeno estético. En los primeros pasos de presentación, la imagen de la bailadora nos cautiva y nos deslumbra, nos colma el deseo, no apetecemos sino seguirla mirando y la seguimos absortos a medida que oscila y se contonea acompañándose del dulce roncar de las castañuelas. Pero, poco a poco, el son y los movimientos se hacen más roncos y como reconcentrados. Hay algo que remueve las profundidades de la sensualidad, incita el deseo, y despierta el frenesí del goce carnal; la clara visión se borra y la conciencia se anula, el instinto grita su hora; la borrachera dionisíaca se expande y sentimos el poder de la voluptuosidad que mantiene la vida humana sobre el planeta. Pero no termina allí el soberbio rito, por el interior del frenesí mismo ha ido apareciendo una fuerza que la subyuga. La danzarina se ha entregado a la pasión, pero la supera y ya está como de retorno. Sus pasos se han hecho lánguidos pero la mirada está encendida y el alma anhela, huye, se va a lo alto. El cuerpo todo asciende en espirales magníficas, temblando de armonía dentro de la curva sagrada que, se completa en

los brazos, y se prolonga a lo infinito en la canción penetrante y libertadora de las castañuelas que, ya al final, parece que purifican sus trinos.

Sin embargo en este arte apasionado no se revela todavía en toda su fuerza la manera mística de la belleza; para llegar a esta última expresión habría que estudiar la danza de la bayadera, delante de sus ídolos eternos. La que danza, no para complacer hombres, sino para entregar el alma a lo infinito, exhibiendo de la adorable tentación de sus formas que anhela también redimirse en frenesí místico, tal es la belleza absoluta; una embriaguez, ya no de pasión sino de inmortalidad y de infinito.

Así recorre el espíritu auxiliado por el arte del baile, los tres grados de la revelación de la belleza: la imagen que suspende el ánimo y que hizo exclamar a los griegos: eres un Dios; la pasión que nos embriaga cuando desesperamos de encontrar lo infinito y por último la conquista del misterio que es como embriaguez de fuerza y alegría en el universo nuevo.

Si queréis términos que ayuden a retener la tesis diremos: Apolo lo individual imperfecto; Dionisios lo universal pero no lo universal abstracto, sino la emoción de la alegría del mundo; y Buda, lo absoluto en el primero de los ciclos sagrados. Conforme a tal ley tríplice opera la belleza para llevar las imágenes a la unidad del sentir estético: la unidad es el ritmo trascendental de lo bello y para acercar las imágenes a la gracia divina, con el que, no solo las almas, sino las cosas también se salvan.

La Antorcha, No. 30, 25 de abril de 1925, pp. 8-9 y 14.

Nueva ley de los tres estados

Varias veces se ha formulado en los últimos tiempos la teoría, seguramente exacta, de que las nacionalidades son una forma de organización social que pronto será remplazada por federaciones de pueblos unidos entre sí, ya no únicamente por un pacto político, ni tampoco por el solo efecto de los intereses comerciales, sino por los lazos más estrechos de la tradición, el idioma y la sangre. Dentro de esta teoría –esbozada antes de la guerra por los alemanes y contradicha en cierto sentido por los vencedores– las nacionalidades constituyen una forma transitoria que se inicia al terminar la Edad Media y llega a esplendor cabal a fines del siglo xix. Época que ve dividirse los hombres de una misma raza y de una misma lengua en fracciones y subfracciones independientes que combaten unas con otras o se mantienen apartadas aun cuando a veces proceden de un mismo tronco.

Pueblos de habla y de razas distintas se juntan más o menos forzadamente para constituir naciones jamás confundidas, como Austria-Hungría, o grandes reinos que han llegado a ser casi homogéneos como Inglaterra y España. Otras veces, como en el caso de los países de América, una misma sangre, a causa de la naturaleza del terreno, se ha visto disgregada y subdividida hasta hacer veinte naciones débiles de una antigua dominación fuerte y poderosa. Y estos absurdos, debidos a circunstancias territoriales, económicas, políticas a circunstancias, desde el punto de vista del espíritu, mezquinas y fortuitas, llegan sin embargo a enraizar en el corazón de los pueblos, dando lugar a los mil prejuicios y aberraciones del patriotismo nacional.

Patriotismo corresponde a nacionalismo y se resuelve en el culto de la bandera, y la adhesión al territorio de una antigua provincia, de un gran imperio. ¿De dón-

de procede este modo de sentir: extraño para una reflexión despejada?

Anteriormente a la fundación de las nacionalidades había tribus y grandes imperios. El gran imperio militar era una expresión de la tribu, y el uno y la otra procedían de la conquista que junta ciegamente a los pueblos. Cierto que en Grecia y Roma aparte del yugo militar y de la situación geográfica existía cierta comunidad de sangre y un idioma común; a pesar de eso, ambos imperios constituyeron conglomerados de pueblos y razas, unidos por la necesidad y prestos a desintegrarse tan pronto como cesara la amenaza de las espadas. En ellos el conquistador no asimila: sojuzga; no impone su lengua ni sus dioses, su conquista no es espiritual y por lo mismo ni perdura, ni transforma a los vencidos, y ni siquiera intenta crear con ellos humanidad nueva.

El ideal nacional representa un progreso sobre tal forma primitiva de organización porque tiende a fundar organismos más homogéneos. Algunas veces no lo logra, como en el caso de Austria-Hungría, porque la sola obra de la fuerza no es perdurable: pero cuando la nacionalidad se constituye sobre la base de un ideal generoso, se obtienen éxitos como Francia, que es venerable por su devoción a la libertad, o como España que es grande porque supo crear un nuevo mundo en América. Sin embargo, no es la nacionalidad el tipo acabado de la organización social, porque a semejanza de la tribu guerrera y del imperio antiguo, la nacionalidad se funda en las necesidades de la geografía, en las ventajas del comercio y en los dictados de la fuerza, causas todas ajenas a la voluntad humana. Y la civilización desde sus comienzos es una lucha entre las fuerzas naturales que siguen determinada trayectoria repetida y fija, y las fuerzas del espíritu que se empeñan en crear un orden nuevo por encima de la necesidad y del girar siempre en círculo. Lucha del movimiento en espiral que es el del espíritu y el círculo que representa la necesidad cons-

treñida a repetirse. El poderío del espíritu, imponiendo leyes a las cosas, se manifiesta en el orden social en un anhelo como de patria más libre y grande. De allí que cada día se nos hagan más intolerables las divisiones arbitrarias que entre nosotros ha impuesto el medio, y circunstancias como, por ejemplo, que sea uno el patriotismo chileno y otro el patriotismo argentino, y así sucesivamente; de igual manera, nuestra conciencia exige que la política no la gobiernen ya las conveniencias locales ni la limiten los obstáculos del territorio, sino que obedezca los dictados del espíritu cuya misión es reformar el ambiente para imponerle nueva ley y sentido. Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar las fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales; este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una especie de "ley de los tres estados" –tomando de Comte solo el nombre– una ley de los tres períodos de la organización de los tres pueblos.

El primero de estos estados es el período materialista en que el trato de tribu a tribu se sujeta a las necesidades y azares de las emigraciones y trueque de los productos. La ley de este primer estado es la guerra. El segundo período lo llamaremos intelectualista, porque durante él las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo; comienza a triunfar la inteligencia sobre la fuerza bruta y se establecen fronteras estratégicas después de que la guerra ha definido el poder de cada nación. Los grandes imperios de la antigüedad participaron de los caracteres del primero y segundo períodos, y las nacionalidades modernas viven todavía en el segundo. El tercer período está por venir y lo llamamos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto, que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a

ser entonces la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los Estados.

Y el advenimiento del período del gusto y de la simpatía será bastante para suprimir la discordia entre los hombres, porque las antipatías y las opiniones del juicio estético suelen ser profundas, pero se resuelven en júbilo y no en rencor, y los otros conflictos, los conflictos verdaderos, dependen de causas materiales, que solo la igualdad económica relativa puede suprimir. En efecto, la discordia y la guerra dependen de que los hombres se reproducen con exceso en un planeta cuya superficie tiene un límite, pero la educación, reduciendo el número y perfeccionando la calidad, convertirá al hombre en cosa preciosa que sea orgullo y regocijo de cada uno de sus semejantes. De esta suerte los conflictos materiales se irán resolviendo y la vida solo conservará los dolores que sirven de estímulo al espíritu y le impiden caer en la conformidad que es causa de todo lo mediocre y terrestre.

¡Caminamos hacia el período que está regido por la ley del gusto! Operan entonces los apetitos más francos e intensos, pero se sacian o quedan abolidos, porque la conciencia clarividente los desdeña para anegarse en el período infinito.

El tercer período en Hispanoamérica

Concretándonos a nuestro mundo hispanoamericano, ¿qué es menester que hagamos para apresurar el advenimiento del período estético de la humanidad?

Se han aconsejado medidas políticas, medidas económicas y medidas morales. La unión política la previó Simón Bolívar –el genio más preclaro de nuestra raza–. Sus planes luminosos aún hoy parecen perfectos. Desgraciadamente la tesis de la nacionalidad, los prejuicios de campanario y las barreras físicas han hecho que subsista solo como sueño, lo que debiera ser una resplandeciente

realidad. El medio físico en este caso ha colaborado para que nosotros adoptemos las teorías dudosas que en nombre de pequeñas glorias multiplican los patriotismos con mengua de los grandes ideales humanitarios y étnicos. Esta desorientación de los sentimientos ha traído todo este siglo caótico de nuestra historia continental en que hemos visto acuchillarse a hermanos y en que hemos contemplado con disgusto y asombro que alguna vez nuestros países tuvieron que aceptar auxilios extraños para defender sus intereses contra la agresión de una potencia de la misma estirpe. Afortunadamente México no ha emprendido una guerra de agresión, pero si mañana gobiernos criminales pretendiesen crear un conflicto, nuestro deber será oponernos a sus resoluciones y negarnos a batir la bandera de Guatemala o cualquiera de las banderas que ondean hacia el Sur. Pues en el instante mismo en que se mira hacia el Sur, concluye el patriotismo y nace en nuestros corazones el amor mucho más grande de la raza en el continente.

Las almas están ahora más cerca pero las manos siguen distantes. Ya no son los días sombríos del porfirismo en que los pensadores de la época hacían creer al obtuso déspota que con un buen embajador en Washington basta, y que además había que mandar a Francia algún señor rico para convencer a los franceses que no todos usábamos plumas; pasaron para nosotros esos días tristes y ha pasado también para toda la América Latina el período simiesco del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin compenetrarnos de su sentido. Ha pasado todo eso; pero ahora es menester que tome impulso una nueva era activa; una gran época y de construcciones y creaciones, de puentes y de vías férreas, de barcos y transportes; la gran época en que el espíritu, aprovechando la fuerza misma de las cosas, las haga a su manera y una para siempre lo que la naturaleza dividió con el provisionalismo augusto de sus cordilleras, y sus bosques, y sus mares.

Emprendamos obras materiales, pero obras cuya mira no sea el lucro sino el servicio de los más altos intereses, y el lucro vendrá por añadidura; hagamos política ya no simplemente nacionalista sino continental y humana, poniendo por encima de todas nuestras acciones políticas, y después de que la justicia interior esté satisfecha, el criterio hispanoamericano, como norma invariable de todas nuestras acciones patrióticas.

La barrera económica

Una de las calamidades inherentes al nacionalismo es la aduana que marca la frontera con el sello de la expoliación y desunión. Lo primero que deberíamos suprimir es la aduana. El Zollverein, la liga aduanera: ese es el primer paso de nuestra salvación como raza. Durante la guerra europea debimos celebrar un pacto general, pero ya que no se hizo así, suprimamos prontamente, por lo menos, las aduanas que existen entre México y Guatemala, entre el Uruguay y la Argentina, entre el Chile y el Perú. Un simple tratado de comercio libre entre México y Guatemala hubiera significado más para la unidad latinoamericana que todos los alardes y proyectos descabellados con que distrajo la atención de los ingenuos el gobierno espurio que no supo aprovechar para nosotros el magno conflicto europeo. Todas las perogrulladas que entonces repetían los aduladores con el pomposo título de doctrina Carranza, fueron vanos como es criminal o es vano todo lo que toca la mano del déspota.

Propaganda exenta de rencores

Un buen número de los propagandistas de la unión latinoamericana funda su credo en ataques más o menos legítimos contra los Estados Unidos del Norte. Particu-

larmente en los últimos años y a consecuencia de actos inexcusables, los liberales hispanoamericanos, que a principios de siglo se mostraban entusiastas de casi todo lo anglosajón, ven ahora con justo recelo la transformación de la noble república de Lincoln en un vasto imperio amenazante. Legítimos son estos temores, pero es menester hacer constar que la unión latinoamericana no es solo un acto de defensa, sino un ideal mucho más antiguo que la situación contemporánea y mucho más alto que cualquier interés del momento: un movimiento fundado en el derecho que nos asiste de unirnos libremente a nuestras simpatías e intereses y de acuerdo con la ley espiritual que en estos instantes transforma las organizaciones sociales del planeta. La hora de las rivalidades, si acaso ella es inevitable, debiera estar muy distante, pues todavía hay en el continente mucho espacio libre para la acción de las dos razas que lo pueblan, y ambas necesitan de los beneficios que resultan de un trato leal, sin sombra de odio, aunque resguardado por la más celosa autonomía. Al mismo tiempo, es menester convencerse de que nuestra fuerza no se afirma lanzando improperios, sino corrigiendo los males internos que son la causa determinante de nuestras calamidades. Para tener el derecho de censurar la idiosincrasia extranjera se necesita ser superior moralmente al extranjero, y un pueblo sometido al despotismo no puede acusar los vicios de otro, ni tiene derecho de opinar sobre él. Lo único que tiene es un deber, el deber exigente, el deber primordial, de derrocar, de matar, de aniquilar al déspota. Los Estados Unidos se reirán con razón de nuestros ataques mientras vean que interiormente nuestra vida social es corrompida; por eso no debemos conceder el derecho de exhibirse como campeones del hispanoamericanismo o del patriotismo, a los Cipriano Castro, ni a los Victoriano Huerta, y tantos otros falsos héroes que la estupidez y la maldad forjan. Quienes oprimen y envilecen sus hermanos, no tienen y no tendrán lugar en las páginas de gloria del continente.

Despotismo y patriotismo

Los países que no soportan dictaduras prolongadas, rara vez tienen que sufrir agresión extranjera. Chile y la Argentina, por ejemplo, han sido respetados porque difícilmente se ataca a un pueblo cuya vida interior es decorosa. En cambio, la Venezuela de Cipriano Castro fue combatida porque se fundaba en la injusticia y tenía de enemigo a los mejores hijos de Venezuela. Una Colombia clerical tenía que perder a Panamá. El México de Santa Anna, enfermo de vanagloria y mentira, hubo de provocar las agresiones que tan caro costaron a nuestra patria. Los déspotas hacen concesiones ilegítimas al extranjero o persiguen a los nacionales a tal punto, que llega a gozar de mayores privilegios un extranjero; pero así que llega la hora de la justicia, así que los pueblos se disponen a la venganza, los Victoriano Huerta y los Cipriano Castro del Continente, injurian a los Estados Unidos del Norte para calumniar a los revolucionarios que los combaten, acusándolos de complicidad con el poderoso. Entonces la patriotería engañada grita por las calles en defensa del déspota, contra quien debiera combatir. De esta manera el despotismo y la patriotería trabajan en contra de los intereses de nuestra civilización y hacen que no podamos juntarnos. Pues no podemos juntarnos mientras no seamos libres todos, mientras no acabemos de comprender que el propósito primero del hispanoamericano debe ser el aniquilamiento de las tiranías, de todas las tiranías del continente.

El problema del Brasil

La fuerza de los impulsos espirituales es capaz de reformar la geografía y de borrar en un instante todos los prejuicios del nacionalismo; pero el Brasil ¿acaso no tiene otro idioma, tradiciones y origen distintos de los nuestros; y sus intereses no llegarán a estar en conflicto con los de la América Española?

El Brasil realizó su independencia pacíficamente, de suerte que no se verificaron allí las transformaciones radicales que la guerra de independencia produjo desde el Bravo hasta el Plata. Social y políticamente, el Brasil ha continuado unido a su patria de origen, de una manera mucho más íntima que nosotros con España. De esta suerte y a causa de la evolución normal, el Brasil se ha conservado criollo; no ha roto su tradición, no se ha hecho cosa nueva en el mismo grado en que lo somos nosotros.

Por otra parte, los grandes recursos que el país posee; su territorio inmenso y feracísimo, su creciente población, todo lo lleva a convertirse en una gran potencia; una de las primeras del mundo, así que la ciencia aprenda a vencer los inconvenientes que el excesivo calor opone a la vida humana, pero sin prescindir de su riqueza germinadora, ni de la magnífica potencialidad que da al ambiente.

Quizás antes de un siglo, el Brasil, henchido de población, comenzará a abrirse nuevos caminos; se sentirá tal vez abogado por el abrazo hispánico desde el Plata, a través de Bolivia y Perú, hasta Colombia y Venezuela; y así como los Estados Unidos de América codiciaron y obtuvieron la California, el Brasil quizás llegue a codiciar al Perú y lo obtendrá, si antes el Perú no puebla con su noble raza laboriosa, toda la región amazónica que le pertenece –una región donde ya el Brasil ha realizado avances considerables, gracias al estancamiento de la población peruana–. Y al caso del Brasil hay que agregar otros muchos síntomas adversos; por más que el sentimiento de los pueblos afirme los sinceros deseos de la unión, ¿para qué son esas escuadras en que se malgasta un dinero que tanta falta hace para el desarrollo interno? Junto con muchos beneficios, heredamos de Europa una infinidad de prejuicios y de vicios: la ambición de territorio, aunque no lo necesitemos; el nacionalismo que derrocha esfuerzos colectivos en alimentar rivalidades necias, pero se desentiende de los grandes proyectos generosos y prácti-

camente fecundos. Basta mirar el mapa de la América del Sur para comprender la obra del nacionalismo estrecho y ambicioso que nos ha dominado durante un siglo. Países divididos; países dispersos, disputas de fronteras, cordilleras que separan a los pueblos, desiertos que prolongan esas distancias, envidias que las ahondan y por encima de todo esto, un sueño que parece vano; un sueño formulado hace un siglo por la boca profética del libertador y que nosotros, hombres pequeños, no hemos podido cumplir.

Los hechos, se nos dice, poseen una fuerza incontrastable; la dura realidad de los hechos, en efecto, nos parece a veces más fuerte que el valor de las palabras, y al fin y al cabo solo de palabras dispone el que piensa y pretende reformar con el pensamiento; pero al mismo tiempo, frente a esta doctrina inglesa, hay que poner la otra, que corresponde al tercer período de las relaciones sociales, la doctrina de que el espíritu no es más que un esfuerzo victorioso sobre la ley ciega de los hechos, y de que si este esfuerzo no fuera capaz de reformar el medio ambiente, la humanidad jamás se habría levantado del nivel del bruto. Una contemplación inteligente de la historia demuestra que las acciones, las voluntades, las aspiraciones de los hombres, forman una corriente suprema que pasa por encima del medio y de todos los lugares comunes del materialismo. El alma de los pueblos vigorosos e iluminados constituye un factor mucho más importante que todas las fatalidades cambiantes. La historia de nuestro continente comenzó con un cambio de la geografía del mundo; nada de extraño tendrá, pues, que andando los años veamos operarse un cambio espiritual que transforme las relaciones humanas haciéndolas depender, ya no del comercio, ni del medio físico, ni de la necesidad estratégica, sino del albedrío y del goce.

Todo esto que se intenta expresar en forma obscura y difusa, se me apareció muy claro una vez, y no fue por obra de la razón racional de por sí tan vacía de sentido, sino por aquel otro supremo juicio que Kant llamó

"juicio estético", del cual es fácil deducir una ley de afinidades y fusiones no alógicas, ni lógicas, sino estéticas y sintéticas. El caso ocurrió en un teatro limeño; el anuncio de bailes y canciones del Brasil había llenado la sala; el lujo de aquellas mujeres finas y vivaces, de dulces ojos sentimentales entretenía la espera.

Salió por fin la pareja brasilera y comenzaron las machichas y los fados, alternando con canciones en portugués; era ella mórbida y delicada, de ojos negros e inmensos y una suavidad fascinadora. Con voz clara y un dejo de gracia inolvidable cantaba y repetía una copla: "No hay lugar para el Sertao", y se movía con la soltura melodiosa de la bailarina ibérica. Mirándola nos parecía estar en presencia de una de las hermosas de Eca de Queiroz y aún hacía pensar en las caricias incitantes de que él nos habla en su picaresco y magnífico estilo.

Pero aparte de asociaciones literarias, el arte intenso y espontáneo de la bailarina nos producía goce como de quien vuelve a algo suyo ignorado o muy distante, o como si del fondo de nuestra conciencia étnica naciesen emociones de dicha profunda jamás gustada. Aquello era extraño pero no discorde. No era el son, tantas veces escuchado pero nunca afín, del "rag-time" sajón que parece desarrollar una esfera de sensibilidad a donde no podemos ni queremos entrar; era un canto oído por primera vez, y sin embargo, sonaba amable y familiar como la voz de una amante conocida en sueños y cuya queja descubría los bosques lozanos, los confines ilimitados del pródigo Brasil, donde una raza hermana nos acoge y nos invita a quedarnos. Por eso el estribillo de la canción despertaba músicas interiores: "No hay lugar como el Sertao", y el enigmático Sertao subía en la imaginación como un símbolo de toda la dulce América del Sur.

Muchas gentes dirán que esta es una manera trivial de discutir problemas graves. Pero a mí la lección de la bailarina me parece más profunda que muchas sociologías: ella enseña que así que se junten, por el crecimien-

to y la proximidad, las dos razas afines, la brasileña y la nuestra, no van a quedar como estamos con otras, pegados, pero no confundidos; sino que allí sí la simpatía unirá las conciencias, y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea, el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés, y siendo como uno en el alma, seremos uno en historia y en bienes –los hispanos y los lusitanos– hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indoespañola que ya hace tiempo adoptó la divisa de: América para la Humanidad.

Y si es cierto que pretendemos crear una civilización benéfica para toda la humanidad, ¿no resultará nuestro culto de la raza un retroceso respecto de los ideales socialistas que ya predican el sacrificio del patriotismo para servir mejor el interés general de todos los hombres?

No es un retroceso, porque la era estética supone que no solo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la ley de belleza y de amor, que es innata en los corazones.

Una vez que los conflictos económicos sean resueltos equitativamente, y así que ya no haya explotadores ni esclavos, no existirán tampoco odios internacionales, ni antipatías de raza, y entonces cada pueblo cultivará sus características propias sin ánimo de rivalidad, sino más bien con el afán de enriquecer el acervo de la civilización. Las diferencias individuales serán motivo de estímulo y de goce, y se resolverán sin choques en el anhelo común que a todos nos impele hacia arriba.

La riqueza dentro de la unidad, esto es, el individuo, y cada estirpe es como un género en la multiplicidad de los aspectos de la belleza. Y en el orden moral una estirpe se constituye, más bien que por la sangre, por las ideas y la especial manera de concebir lo hermoso. Este modo de considerar el proceso de la historia, no se funda en una clasificación arbitraria, sino que corresponde

al mismo proceso del espíritu humano en su desarrollo terrestre. Primero es la individualidad dominada por el apetito, gobernada por la necesidad; después la inteligencia amplía la acción del yo y se adapta a sí misma una parte del mundo; y finalmente aparece el sentido estético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al ético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al ético, explorando el universo para construir un mundo desinteresado y mejor que los otros: lejos de que el individuo sea un producto y consecuencia de su medio, el milagro de la conciencia es lo que construye y transfigura el medio, no siendo el universo más que una ilusión nuestra, una especie de nebulosa que rodea el alma, y que acaso es trasunto de realidad divina, pero no la realidad misma.

Boletín de la Universidad. Órgano del Departamento de Bellas Artes,
Época IV, Tomo III, No. 7, Diciembre de 1921, pp. 7-21.

El Maestro, Tomo II, No. 2, Noviembre de 1921, pp. 150-158.

El problema de México*

Experimento en estos momentos la noción precisa de la grave responsabilidad que sobre mí pesa, puesto que soy como el heraldo de un pueblo distante, que después de tantos y tantos años de aislamiento, llega para deciros un poco de lo que México ha sido en lo pasado, de lo que es hoy, y de lo que pretende ser en el futuro. Y a mí mismo me pregunto: ¿Por qué azar de los acontecimientos he venido a ser yo ese heraldo, cuando cuenta nuestro país con tantos hombres distinguidos y hábiles en el manejo de la palabra, que mucho mejor que yo, con su elocuencia, habría podido disertar sobre el estado actual de la patria mexicana?

En mi persona, no vino de México un orador; vino nada más un hombre de trabajo que con dificultad y pobreza de expresión procurará exponer al preclaro auditorio, algunos de los antecedentes del problema mexicano, y la situación en que hoy se encuentra.

Por esto mismo, continúo preguntándome: ¿Por qué he aceptado semejante representación cuando tantos de mis compatriotas la desempeñarían mucho mejor?

Una sola excusa me asiste: la de que tal vez hemos pasado del período en que los pueblos confiaban la expresión de sus ideas a los individuos de gran elocuencia verbal. La época es demasiado seria para que los problemas de los pueblos se conviertan en frases, que sacuden un instante al auditorio, que lo hacen vibrar profundamente, pero que enseguida, con mucha frecuencia, revelan su completa esterilidad, tanto en el ánimo de los que escucharon, como en el del propio orador.

---

* Conferencia pronunciada en el salón de la Academia Brasilera de Letras, el día 28 de agosto por el señor doctor José Vasconcelos, ilustre político mexicano, Ministro de Instrucción Pública de su país, y Embajador Especial de México en las ceremonias conmemorativas del Centenario de nuestra Independencia.

Es de tal orden el tiempo actual, tan grave lo que siente todo el mundo, que podemos transformar en oradores personalidades que se suponían todo, menos eso; servir para todo, menos para hablar.

Precisamente porque el mensaje que traigo de México tiene extrema importancia, no solo para el pueblo mexicano, sino también para el Brasil, y el de toda la América Latina, no sé cómo me animé a presentarme ante vosotros sin otro mérito que el de portador de la verdad, sin otras credenciales que la de representante de una época que quiso en México sacrificar a la verdad todo lo demás, y está resuelta, por la generación que represento, a proseguir laborando por el progreso de nuestra patria dentro del mismo puro ideal, sin inquietarse de las consecuencias que de ahí sobrevengan. Porque si está probado que los destinos de los pueblos los maneja la Providencia, solo les puede dar lustre y valor, la sinceridad de los hombres que intervienen en esos destinos. (¡Muy bien!)

Señores, pertenezco a una raza calumniada, como hemos sido calumniados todos los pueblos de este continente, hasta llegar a los últimos diez o veinte años, en que los demás pueblos del mundo necesitaron de la América Latina, en que se acordaron de que existíamos y pensaron que tal vez podríamos significar alguna cosa en el concierto de las naciones.

Hasta entonces, a los ojos de los pueblos fuertes éramos apenas poblaciones de indios o de mulatos, mal preparados para copiar la civilización europea y buenos apenas para gastarnos en París el dinero que nos sobraba, pero incapaces de hacer cualquier cosa útil por nuestra propia cuenta.

Ahora, a pesar de eso, tenemos la convicción, sin importarnos por el momento los que puedan ser más grandes que nosotros, de que en nuestra patria existen los gérmenes de una civilización que ha de sustituir a la antigua, que ha de quedar en lugar de ella, que ha de sobrepujarla.

¿Es nuestra historia, en su totalidad, la confirmación del desprecio que nos han dedicado los pueblos

que hicieron, por ejemplo, la civilización del siglo XIX? Pues bien, en México ese mismo hecho se transformó en impulso motor, en el verdadero resorte de nuestra salvación, porque cuando nos sentimos abandonados de todos, fue cuando nos reconocimos más fuertes, más libres para afrontar el futuro. (¡Muy bien!)

Sacudimos todas las tradiciones, y en la falta absoluta de apoyo extraño procuramos, vigorosamente, mexicanos y latinoamericanos, no quedar abajo ni de la ciencia, ni de la sabiduría, ni de la civilización de los otros pueblos.

Nuestra formación constituyó un fenómeno nuevo en la historia del mundo: jamás se había visto, desde la antigüedad, un caso como el de la América Latina; el de la formación de una raza nueva, compuesta de elementos tan opuestos como son los europeos y los indios.

La colonización ibérica en México llegó a formar una civilización casi completamente española; civilización construida sobre la base de un contraste, puesto que por una parte tuvimos la generosidad de los frailes, de las sacerdotes, del clero español representante de la religión católica de España, y por otra primero, la crueldad del conquistador y después, peor que ella, porque al fin la ferocidad del guerrero se justifica por el mismo ímpetu de la lucha, la ferocidad del explotador, del encomendero, del hombre que nada arriesgaba y gracias al poder, al favor que le dispensaba el soberano, oprimía, despojaba a las razas llamadas "inferiores".

Ese es el contraste que se observa en la historia de la colonización española en México: por un lado, el ideal sublime de una parte de la raza española que quería levantar el nivel moral del indio, hacer de él un hermano de los españoles; y por el otro, el abuso de los hombres que la metrópoli enviaba a la Colonia para constituir lo que en México se llamó "encomienda", y que no pasaba de ser una forma disimulada de esclavitud, de explotación.

A pesar de eso, a pesar del contraste, y quizás, por el hecho de haber en ese contraste un fuerte elemento de

ideal, surgió la raza de los criollos y la raza de los mestizos, compuesta de sangre española y de sangre indígena; y fueron los criollos, los mestizos, quienes aprovechándose ya no diré, como tanto se ha repetido, de la Revolución Francesa y del entusiasmo que ella despertó, sino del desorden que dominó en España después de la invasión napoleónica; se propusieron separar la Colonia del trono español. Este, en efecto, estaba ocupado por un hombre como Fernando VII, rechazado dentro de su propio país por los patriotas, porque no representaba las virtudes españolas, sino solamente la sumisión ante el extranjero poderoso, que en ese instante era Napoleón I.

Por tanto, la independencia de la colonia española no fue, como después imaginaron algunos, un movimiento de rebeldía de nuestra parte contra el espíritu español, de odio contra España; al contrario, la historia de nuestra independencia registra, por ejemplo, el caso de uno de los mayores héroes que tenemos: Mina, que siendo teniente del ejército del Rey de España, luchó en España por las libertades públicas, puso su espada al servicio de las Cortes de Cádiz que querían establecer en el país la monarquía constitucional, y habiendo sido vencido allá, vino a la Nueva España, esto es, a México, a batirse contra el Rey, no contra España. Efectivamente, los reyes no son los pueblos; las masas humanas, pobres, honestas, trabajadoras, no son los malos gobiernos. (¡Muy bien!) Mina, desde aquel instante, comprendió su deber de patriota y renunció a su Rey y volvió contra él la espada que el Rey le diera, y vino a colaborar en la Nueva España en la fundación de una nación libre, ya que no pudo hacerlo en la España Vieja. (¡Muy bien!)

Por esta razón, es uno de los héroes más enaltecidos por el alma mexicana, porque con el sacrificio de su sangre no vaciló también en hacer él de su lealtad militar, para venir a unir su destino con el de la raza despreciada de los mestizos, de los criollos que éramos nosotros los mexicanos, antes de la independencia.

Fue por tanto aquel, un movimiento de profundas raíces sociales. Lo que se deseaba era separar el país mexicano del trono español; y solo por un error, en el transcurso del primer siglo de emancipación, se insistió en querer exagerar tal movimiento, tratando de llevarlo a extremos que la experiencia demostró ser injustificados.

Es necesario hablar con toda claridad: pienso que uno de los obstáculos que se presentan para la integración del espíritu latinoamericano, consiste en haber exagerado el alcance del movimiento de ruptura con España, entregándonos sin mayor reflexión, a la influencia de otros países, a la política de los que en esa época eran enemigos de España.

Los ejemplos son reveladores, y os podría señalar, en México, la enorme influencia francesa sustituyendo a la española. En Chile (es peligroso para la gente meterse a hablar de países que no conoce bien), no me parece muy atrevido afirmar que en los albores de esa república fueron los ingleses quienes mayor influencia ejercieron.

De todo eso ¿qué resultó? El primer siglo de vida autónoma de América Latina; siglo en el cual, por regla general, no tuvimos personalidad; en el que atravesamos la existencia prendidos a la última novela de Francia, o a las doctrinas que venían de Inglaterra, solamente porque traían nombres que no eran los de la Península Ibérica; de la cual, a pesar de todo, dependíamos por los orígenes de nuestra propia patria.

Fue sin embargo, como he dicho, una exageración, porque la verdad es que solamente se pretendía con la independencia de México, *verbi gratia* la realización de un estado social que permitiese el desarrollo de la raza mexicana, producto de la fusión del español y del indio.

En México la mayoría de la población es india: indios somos por la sangre y por el alma; el lenguaje y la civilización son españoles. Y fueron los mestizos, los que sentían la necesidad de ser libres siguiendo su sangre india, y de estar, además, de acuerdo con las tradiciones españo-

las, quienes hicieron la independencia. Y entre todos los hombres eminentes que dirigieron ese movimiento, y lo llevaron a su fin, ninguno se distinguió tanto ya por sus triunfos militares como por su clara visión del problema de la emancipación, como el patriota José María Morelos.

Para dar una idea completa de la grandeza de la obra de Morelos, recordaré que luchó por la independencia después de que fue vencida la revolución contra la Corona de España. Hidalgo, que había sido el iniciador de la contienda, cayó vencido, prisionero, y enseguida fue fusilado por las fuerzas españolas; Morelos, que ya se encontraba en el campo, combatiendo contra España, pasó, por la muerte de Hidalgo, a ser Jefe de la Revolución. Había sido padre, sacerdote católico, y desde aquel instante era el Comandante Supremo de las huestes que luchaban por la Independencia. No era un hombre vulgar que desease el triunfo sin saber qué haría de él: al contrario, era el cerebro y el brazo de la Revolución, y en un célebre manifiesto que, para todo historiador moderno de México, representa la base de nuestra organización política, no solo de la actual, sino también de la futura, Morelos proclamó los motivos y fines del movimiento libertador; y luego afirmó –mucho tiempo antes de que idéntica declaración fuera hecha de otros puntos del mundo–, que, victoriosa la Revolución, todos los hombres en México, cualquiera que fuese su raza, cualquiera que fuese su cultura, serían libres, desde el momento en que entrasen al territorio del país.

Quiere decir que proclamó la libertad del indio, del negro, de todos los hombres, mucho antes de que se hubiese hecho en los Estados Unidos o en cualquier otro lugar del continente. Merece, pues, Morelos, el título de "libertador de los esclavos" más que ningún otro de los grandes patriotas de América.

Después de proclamar de este modo la libertad de todos los hombres, no solo de los mexicanos, hizo Morelos el análisis de la situación económica del país, y

definió claramente la necesidad de hacer del indio un propietario.

Cumple retroceder un momento para examinar el estado en que se creó la propiedad territorial durante el régimen colonial. Como era natural, los conquistadores recibían como recompensa las tierras, y está claro, las cultivaban; pero reduciendo a servidumbre a los indios y convirtiéndose en dueños del suelo por esta sola ocupación.

La Corona española, sintiendo la necesidad de premiar a sus servidores, instituyó lo que se llamaba "mercedes reales", dando a los capitanes españoles el derecho de propiedad sobre las tierras que conquistasen. No soy muy conocedor de los dichos usuales en los actos reales de aquellos tiempos; pero lo cierto es que el sistema consistía en lo siguiente: después de las frases sacramentales, el título otorgaba al Capitán Fulano un territorio que se deslindaba diciendo: "desde el cerro tal para un lado, hasta donde la vista alcanza"; "para tal otro lado, hasta donde la vista alcanza", y así sucesivamente, iba siendo medida a ojo, la propiedad de que el indio era despojado. Nadie prestaba atención a que, frecuentemente dentro de esos vagos límites había aldeas enteras, cuyos habitantes quedaban privados de esa manera y sin recurso alguno, de lo que habían heredado de sus mayores.

Ese fue el sistema de formación de la propiedad territorial en México; y tal es su fuerza que, hoy, después de un siglo de independencia, que se ha proclamado que triunfó la civilización, todavía son tenidos por válidos semejantes títulos, y en ellos se fundan los que se oponen a una justa distribución de la riqueza pública en el país. Constituyen la base de los alegatos de los actuales propietarios de latifundios, de esas "mercedes reales" que sin respeto a lo ajeno, concedían tierras, "hasta donde alcanzaba la vista". Y aquellos capitanes eran hombres fuertes y de mirada aguda. (Risas. ¡Muy bien!)

Morelos comprendió que no podría fundar una paz verdadera, que sería inútil la libertad política, si no se

ponía término al inicuo régimen colonial a que obedecía la propiedad privada. En su Manifiesto se declaró desde luego por leyes que devolviesen a los indios la propiedad de sus tierras, usurpadas durante la conquista. De otro modo, ¿para qué la guerra de Independencia? Su objetivo quedaría reducido a substituir al monarca español por un monarca o presidente mexicano, sin que se redimiese la injusticia de la conquista.

Todo eso, Morelos lo puso en claro en su Manifiesto; y en derredor suyo se juntaron los elementos del pueblo, la raza explotada; y en contra, quedaron solamente los grandes propietarios, el clero español y los soldados de España. Por desgracia, como sucede muchas veces, eran los más fuertes, y Morelos se encontró apremiado por la fuerza de sus enemigos y también por un error que cometió; error que señalo para que se pueda apreciar mejor qué especie de hombre era. Morelos pareció comprender el peligro que amenazaba a la América Latina; advirtió que, desaparecido el poder de la monarquía española, habían de trabarse constantes disputas entre los generales de la República, pretendiendo cada uno apoderarse del mando; y para evitar esas contiendas, para alejar la hipótesis del militarismo, organizó un consejo, un congreso; en este hizo que tomasen parte los representantes de las clases más ilustradas entre los mestizos, y a ese congreso dio todos los poderes. Hizo redactar una constitución y, una vez promulgada, entregó el poder ejecutivo en manos del Congreso, del cual se declaró él mismo servidor.

Desde ese momento, la espada vencedora que había manejado no fue guiada ya por su cabeza luminosa, y Morelos prefirió sacrificar hasta las intuiciones de su genio, a las órdenes del Congreso de sabios que él había hecho constituirse.

Este acto de abnegación del patriota perdió al general, porque habiendo tenido necesidad de alejarse de la sede del Congreso, para combatir a los españoles, y siendo las distancias muy grandes, ya no pudo obrar con libertad.

Por esto, teniendo que esperar siempre las deliberaciones del Congreso, fue de fracaso en fracaso, hasta que, derrotado definitivamente, sucumbió ante el poder español, después de haber sido raspadas sus manos porque siendo sacerdote, con esas mismas manos había empuñado la insignia patriótica, liberal, de los mexicanos; que no era otra que la Virgen de Guadalupe, consagrada por la Iglesia Católica. A pesar de todo, sufrió ese tratamiento por parte de los españoles, que lo hicieron morir como un sacrílego. Así fue como acabó sus días el primero de nuestros grandes hombres: José María Morelos.

Después de él, a pesar de todo, se consumó la Independencia; esta sin embargo, fue un poco menos que inútil, porque si es cierto que nos libertamos del poder español, poder que de antemano estaba batido y vencido, permanecimos a merced de las mismas clases sociales que apoyaba el gobierno de España.

En verdad, tan luego como los hacendados, los dignatarios del clero mexicano, los ricos propietarios advirtieron que no podían esperar nada más de España, se volvieron apresuradamente hacia un antiguo coronel del Rey, un individuo llamado Iturbide, que había luchado encarnizadamente contra los héroes de la independencia, que había perseguido y fusilado a los patriotas mexicanos. Le propusieron que traicionara al Rey de España y, con el ejército del Rey, que proclamase la independencia. El cuartelazo triunfó; las fuerzas españolas, abandonadas por la madre patria, siguieron a Iturbide, se juntaron a los mexicanos y proclamaron la independencia de México. ¿A quién, entonces, fue entregado el poder?, ¿a los mexicanos?, ¿a los "indios"? ¡No! "Los indios habían nacido para obedecer, no para mandar", como decía una antigua ordenanza del gobierno español. El poder fue entregado a los soldados españoles, representados por Iturbide, y la corte de Iturbide quedó constituida por los mismos capitalistas, por los propietarios, por los grandes hacendados.

Entonces principió la comedia, la República, primero, de Imperio después; comedia que repudió el alto genio de Bolívar, cuando dijo que no envidiaba la suerte de Iturbide, porque antes que Emperador de un pueblo prefería ser el Libertador, y no había título mayor que este.

Por nuestra fortuna, sin embargo, Iturbide se proclamó emperador, porque ese exceso sirvió para abrir los ojos del pueblo mexicano, que poco después lo destronó; y ante una nueva tentativa de Iturbide para escalar el poder, lo hizo fusilar.

Debo decir de paso que en la trágica historia de México, aparecen muchos fusilamientos; pero la verdad es que si han caído víctimas inocentes, también es cierto que casi sin excepción no ha habido un tirano en México que los mexicanos hayan dejado de fusilar.

Después de la caída de Iturbide, durante cerca de cuarenta años, se abrió un período idéntico a otros por los que ha atravesado la generalidad de las democracias latinoamericanas, y del que, por su fortuna, escapó el Brasil; período durante el cual el poder era un despojo conquistado por el más afortunado. No me detendré en esa triste época de destrucción, de desaliento, y solamente me referiré, como episodio doloroso que la caracteriza, a nuestra guerra con los Estados Unidos en 1847.

La lucha fue provocada por el mal gobierno que teníamos en Texas, y que dio lugar a quejas de parte de los colonos norteamericanos; quejas que, por lo demás, partían también de los mexicanos que allí habitaban y dieron origen a los movimientos por la independencia de Texas; los que, al principio, tal vez, no tendían a otra cosa que a libertarse de la dictadura de Santa Anna. Pero como predominaba allí el elemento norteamericano, la solución se encaminó hacia la anexión a los Estados Unidos, con la separación de México.

Frente a esos hechos, México se encontraba en la situación de quien o acepta un hecho consumado o se conforma con él, o desesperado lucha contra su destino. Si los

mexicanos fuesen un poco menos vehementes, si hubiesen firmado un tratado con los Estados Unidos, cediendo Texas, la guerra se habría evitado. Pero es imposible modificar el temperamento de los pueblos: México, en vez de someterse a la vergüenza de firmar un tratado que le parecía indigno, prefirió pelear; fue a la guerra, acabó siendo vencido y perdió tres o cuatro veces más de lo que hubiera perdido con el arreglo de la cuestión. (Grandes aplausos.)

Esta es nuestra historia, en 1847.

Después de ese hecho, se acentuó todavía más el desaliento del país, y pasamos por la humillación de ver tornar el poder al mismo hombre que nos atrajo la derrota en la guerra con los Estados Unidos. Era Santa Anna, que contaba con el apoyo de la parte más envilecida de la población, a la que embriagaba con pulque y, a imitación de los peores emperadores romanos, todavía la corrompía más por la distribución de dinero.

Con todo, ese individuo que así parecía minar nuestro carácter, acabó por provocar el fenómeno de salvación espiritual que presentan los pueblos llamados a altos destinos. Como reacción en contra de aquellas miserias, y en el recinto de las escuelas, y en el ámbito de la vida privada, se comenzó a formar una generación de hombres honrados y dignos que fueron reuniéndose, congregándose, hasta que al fin consiguieron hacer una revolución.

Aquí es necesario hacer otra observación. Es posible que muchos de los presentes sientan cierta repugnancia por este término: "revolución"; pero la verdad es que en México "revolución" ha sido, muchas veces, "una palabra sagrada" porque a lo que tiende, es a destruir un estado de cosas infame.

Así fue como, frente a la abominable dictadura de Santa Anna, capaz de cubrir de oprobio a cualquier pueblo, la reacción se organizó, y, para no alargar esta exposición, diré sencillamente que los revolucionarios lograron derrocarlo.

Fue entonces cuando surgió la personalidad mexicana más conocida fuera de nuestras fronteras: Benito Juárez, que nada tenía de español, nada de europeo, ¡que era un indio! Él fue, como prueba evidente de que la salvación de México está en el indio, quien encabezó la revolución contra Santa Anna.

Este ¿con quién contaba? Con los peores elementos populares conquistados como ya expliqué, pero también con las clases que habían apoyado a Iturbide, las que en otro tiempo iban a la Corte de España a solicitar favores ejerciendo oficios serviles, porque el dominio sobre las tierras de México se daba, y no raras veces, a los hombres de Cámara de su Majestad, a sus lacayos; y los mismos, los que se apegan a los poderosos del momento para obtener protección, eran los que habían rodeado a Santa Anna. Entonces fue cuando la población educada, las clases medias, ilustradas e independientes, hicieron la revolución encabezada por Juárez.

A semejanza de Morelos, era un hombre que comprendía el problema social de México; no quería derrocar a Santa Anna para colocarse en su lugar, como tantas veces sucede en las naciones latinoamericanas, sino resolver las cuestiones que interesaban al país. Sesenta años después de Morelos, estudió de nuevo el problema, reconociendo que se encontraba de nuevo frente a la misma situación que encontró su predecesor, y, como él, llegó a la conclusión de que no podía haber tranquilidad para México ni prosperidad, ni vida verdaderamente civilizada, mientras la tierra fuera poseída por unos pocos privilegiados y la gran masa de la población no tuviese de qué vivir.

Yendo al fondo del asunto, no se contentó con proclamar los derechos del hombre, imitando la Constitución francesa o norteamericana, lo que era muy fácil, pues ninguna dificultad existe en copiar textos que corren impresos. Atacó en su base el problema mexicano, problema que era bien conocido, y enseguida el obispo Abad y Queipo, publicó un examen de México colonial

e independiente, una estadística en la que demostraba que la llamada "mano muerta", esto es, el clero, las instituciones de beneficencia y otras análogas; todas las corporaciones viejas y poderosas poseían más de las tres cuartas partes de las tierras cultivables, y la otra cuarta parte pertenecía a media docena de familias privilegiadas, y la enorme mayoría de los mexicanos nada poseía, estaba condenada al papel de siervos, de esclavos, que le había tocado durante tantos siglos.

De esta suerte, había sido inútil la guerra de independencia: los mexicanos permanecían en la esclavitud.

En esta emergencia, Juárez y los hombres eminentes que lo rodeaban, cuyos nombres no citaré para no convertir esta conferencia en una fastidiosa clase de historia, elaboraron la Constitución de 1857, vaciada en moldes liberales tomados de la Constitución Americana, pero de manera que se adaptara, como se adapta perfectamente, a las necesidades del pueblo mexicano. Y hago esta afirmación porque en tiempos recientes, durante la dictadura de Porfirio Díaz, se decía que el mal estaba en la Constitución, la cual era buena para los blancos, no para los indios; que era un texto propio para alguna nación europea, no para nosotros que no somos blancos. ¡No! La verdad es que esa Constitución fue dictada por un amplio espíritu liberal y progresista, que se adapta al blanco, al negro, al indio, a cuantos son hombres, ¡a cuantos tienen un alma! (¡Muy bien!)

Decía que Juárez no se limitó a hacer una constitución teórica sino que atacó el problema económico, al menos como lo veía en su tiempo.

El gran propietario era el clero mexicano; Juárez comprendió que ese punto era el que tenía que ser abordado y lo abordó, promulgando las Leyes de Reforma, llamadas también "Leyes de Desamortización", que declaran que las asociaciones religiosas o de beneficencia no tienen derecho a la propiedad de las tierras, que estas solamente pueden ser poseídas por individuos.

Como era lógico, esa ley de Juárez avivó la guerra; era una ley extremadamente radical, y mucha gente, que hasta entonces no había entrado en lucha contra los liberales, al tener conocimiento de la promulgación en Veracruz de ese texto que, además, tenía carácter político, al establecer la separación entre la Iglesia y el Estado; mucha gente, decía, fue a engrosar las filas de los conservadores, porque encontraban hasta sacrílegos a los liberales.

A pesar de todo, Juárez siguió adelante con ese criterio con que han procedido los que se deciden a resolver los problemas sociales, criterio que se puede llamar "heroico", que deja a un lado los términos medios y va en línea recta a su objetivo, franca, limpia y sinceramente, diciendo la verdad entera y ejecutando cuanto es menester ejecutar.

Recrudeció la guerra civil, pero los liberales, que siempre contaron con el apoyo de la masa, y es natural, puesto que por ella trabajan, que siempre contaron con los más humildes, más que con los ricos o las clases altas; los liberales, con los indios, derribaron la injusticia del pasado que aún estaba en vigor en México.

Acabo de hablar de las clases conservadoras y en un paréntesis cabe explicar lo que ese término significa en México: allí "conservador" quiere decir, ceguera absoluta ante el progreso; cuando en realidad puede haber y en muchos países hay, conservadores progresistas, que desean el progreso, pero dentro del orden, siguiendo la divisa comtista de que tanto se ha hablado a propósito de México y a la que aludiré dentro de poco.

Esta última concepción pude ser muy laudable; pero lo cierto es que en una situación como la que se deparó a Juárez, no era posible hacer el progreso dentro del orden, siendo indispensable por el contrario, como sucede frecuentemente, provocar el propio desorden. Allí no es un caudillo cualquiera quien lo provoca, sino la misma situación quien lo produce. (¡Muy bien!)

Habiendo promulgado Juárez la Reforma, los conservadores, cuando ya vencidos en el campo de batalla,

comprendieron que nada podían hacer dentro de México, fueron a llamar a las puertas de Europa, y aprovechándose de la circunstancia de que Francia se hallaba bajo el mal gobierno de Napoleón III, consiguieron, por intrigas de antecámaras palaciegas, que viniera a México una expedición francesa, que apoyase las pretensiones conservadoras y derrotase a los liberales.

Con los franceses vino un pobre hombre, que era archiduque en su tierra y no tenía la menor noción de lo que fuese México; esperaba con certeza, que el pueblo lo recibiría con los brazos abiertos y que lo aclamaría como un dios, cuando tal cosa no podía ser; al principio, porque nadie lo conocía, y más tarde, porque nadie lo estimaba, como jefe de Estado por lo menos.

Al llegar Maximiliano, con su cortejo de franceses y austríacos, se le unieron algunos conservadores y lograron ocupar una parte del país, viéndose Juárez obligado a retirarse al norte. Pero no se desanimó, mantuvo siempre su título de Presidente electo de la República, de representante del pensamiento liberal de los mexicanos, y después de una lucha de dos o tres años, acabó por derrotar a Maximiliano, que fue hecho prisionero y fusilado.

Este es un episodio que conviene esclarecer, porque ha servido para acusar de crueldad a los mexicanos; habiendo quien piense que México debía haber perdonado a Maximiliano, devolviéndolo a Europa, ridiculizado como estaba. Es muy cómodo juzgar de los acontecimientos de ese orden cuando no estamos dentro de la lucha. El hecho de que Maximiliano, al intitularse Emperador de México, intimó a los liberales que combatían al lado de Juárez, que se rindiesen al gobierno imperial, añadiendo la amenaza de que si no lo hacían dentro de cierto plazo que señalaba en su ofrecimiento de amnistía, quedaba reservada la pena de muerte para los que fuesen capturados.

En esa ocasión, Juárez, no desde el solio de la victoria, sino desde el campo de batalla, replicó que cuando un día fuese capturado por las tropas republicanas, por las

tropas liberales, ese mismo Maximiliano que no había vacilado en firmar un decreto que tendía a sacrificar la vida de tantos mexicanos, no habría de ser exceptuado: que al príncipe austríaco le esperaba reservada la misma suerte que él había destinado al indio, al criollo que lograse hacer prisionero.

Y de ese modo se cumplió el decreto de Juárez, expedido, repito, desde el campo de batalla.

Después de la derrota de Maximiliano vino un período de florecimiento como tal vez no se había observado otro hasta entonces en mi país.

Juárez llegó a la capital cubierto de gloria, aclamado por el mundo entero; en la América Central fue apellidado "Benemérito"; aquí en Brasil he encontrado poesías dedicadas a él. Fue, en realidad, el héroe de la América Latina, porque representó la defensa de la integridad territorial de este continente, contra la ambición de las monarquías europeas. (¡Muy bien!)

Para nosotros, representa eso y mucho más: la República, la democracia, la honradez, el patriotismo, todo lo que caracteriza a un estadista moderno.

Durante su gobierno, de cuatro a cinco años, reorganizó la administración pública, entregó los puestos a hombres honrados, acabó con el caudillaje militar. Dos o tres generales se rebelaron y Juárez los sometió. Parecía estar salva la República.

Por desgracia, su vida fue corta; murió pocos años después del triunfo, siendo substituido por otro hombre igualmente íntegro, pues el movimiento de la Reforma se caracteriza, como todos los movimientos sociales, por la circunstancia de no ser obra de un personaje único; si he insistido más sobre Juárez es, porque como advertís, su nombre es el más conocido fuera de México; pero la verdad es que tuvo a su lado una generación de patriotas ilustres, de ciudadanos honrados, que nos dejaron enseñanzas que pueden ser comunes a otros países; pero a las que tengo que referirme, en relación con México, por-

que allí fueron combatidas más tarde, en nombre de una doctrina que se llamó "científica". Todos los patriotas de la época de Juárez, que llegaron a ser ministros, el Presidente de la República, los generales que tuvieron mando, todos murieron pobres; vivían de su sueldo, no hacían negocios y legaron a sus hijos la pobreza, pero a la República tradiciones que honran nuestra historia. (¡Muy bien!)

El sucesor de Juárez fue Lerdo, tipo de hombre de gabinete, ilustrado e inteligente, pero sin un poco de lo que se llama "magnetismo personal". No sabía aproximarse al pueblo, no le era simpático. En Juárez agradaba mucho el hecho de ser indio de raza pura; cuando la gente del pueblo lo veía, Presidente de la República, sentía que era uno de ellos.

Lerdo, al contrario, estuvo siempre muy alejado de la masa, tal vez por el mismo hecho de su educación, sumamente culta. Después, a pesar de ser un hombre inmaculado, se aprovecharon de las circunstancias de ser, como queda dicho, un hombre de gabinete, algunos caudillos ambiciosos que gozaban de prestigio entre el pueblo, porque de cada revolución quedan siempre algunos generales en esas condiciones, que no pocas veces vienen a constituir verdaderas calamidades para el país.

Uno de esos generales, prudente, enérgico y honrado, se llamaba Porfirio Díaz. Gozaba de grande influencia y valiéndose de la debilidad de Lerdo, trató de satisfacer su ambición: se levantó en armas, venció al Presidente, y, contra todas las leyes, a pesar de haber sido este electo, Porfirio Díaz se hizo proclamar Presidente, so pretexto de que la elección había sido fraudulenta: ¡el eterno pretexto de los cuartelazos!

Al subir Porfirio Díaz, separó del gobierno a la mayor parte de la gente que guardaba las tradiciones liberales y fue colocando en su lugar, a los hombres que lo habían ayudado a escalar el poder, a sus coroneles, a sus generales, a los caudillos, y a veces hasta los bandidos que disponían de fuerzas en alguna región. A estos los hacía

prefectos, jefes políticos, dábales funciones de mando y así, sucesivamente, se aseguraba el dominio, mantenido por la fuerza de las armas, y ya no por la fuerza de la virtud y del afecto, como ocurriera con Juárez.

El país, cansado de las largas luchas de la Reforma y de la invasión francesa, se conformó, aceptó los hechos consumados. Porfirio Díaz, a su vez, hombre inteligente, evitó la práctica de abusos notorios; inauguró un sistema de gobierno hipócrita, pero que al mismo tiempo tenía la ventaja de mantener las tradiciones republicanas. Se gloriaba de no violar la Constitución, difería en esto de los que después vinieron a ser sus consejeros, los que sostenían que la Constitución no servía, que era indigna del pueblo mexicano. No: Porfirio Díaz había sido soldado de esa Constitución, se había batido y sacrificado por ella, de modo que siempre conservó por el Pacto de 1857 cierto fetichismo benéfico para las tradiciones republicanas, como dije antes.

Sin violarla, ponía en práctica otros recursos. Por ejemplo, un periodista que lo atacaba, no lo hacía procesar por lesa majestad, por ultrajes al Poder Ejecutivo, sino que en cierta ocasión aplicó este procedimiento: hizo que un operario del periódico introdujese a última hora un tópico ofensivo para cierto particular que estaba en complicidad con el mismo Porfirio Díaz; al día siguiente, el director del periódico, que ignoraba la inserción de tal comentario, recibía una citación judicial por el delito de difamación; se decretó la suspensión del periódico, fue confiscada la maquinaria; el director fue sentenciado a dos o tres años de cárcel y así se puso fin a aquella oposición.

Esa es una muestra del sistema porfirista, sistema que fuera de México los enemigos de mi país encuentran perfecto: perfecto, es claro, porque minaba el alma nacional.

El mal, sin embargo, no se limitaba a la política. Al principio, Porfirio Díaz era un hombre honrado y desinteresado, un soldado acostumbrado a vivir sin el goce de los bienes materiales; pero a medida que se prolon-

gaba su permanencia en el poder, adquiría el gusto por las riquezas fácilmente conquistadas. Lo fueron corrompiendo sus propios amigos, la mala gente que lo rodeaba, y, al final, el antiguo General de la República llegó a ser uno de los más fuertes multimillonarios mexicanos.

He aquí como procedía: Porfirio Díaz no era un bribón que tomase para sí los dineros del tesoro; hasta tenemos que reconocer, agradecidos, que en su tiempo se moralizó la administración pública; que los productos aduanales y todas las demás fuentes de ingresos eran manejados escrupulosamente, y los culpables de desfalco sufrían su castigo.

Bajo ese aspecto, su gestión fue relativamente buena. Ahora bien, si no robaban el director de la aduana y el cobrador, se iba estableciendo el régimen de los grandes negocios, en que estaban interesados los altos funcionarios del gobierno, los individuos con influencia en él. La base de tales transacciones era la concesión de los servicios y de las riquezas públicas.

Se organizaba, por ejemplo, una empresa de ferrocarril; para construirlo, se pedía al gobierno una subvención de tantos pesos por kilómetro. Otorgada la concesión, y antes de que la empresa empezara a funcionar, el contratante, por regla general extranjero, ofrecía a la esposa, a los hijos del Presidente, veinte, cincuenta, cien o doscientas acciones. Se daba también el caso de concesión de terrenos y este era un punto más grave, porque los ferrocarriles al fin de cuentas dejan beneficios al país, por más que puedan ser compensadas por sacrificios no pequeños; y un ministro porfirista, llamado Pacheco, que había sido general y perdió en la guerra contra los franceses un brazo y una pierna, que habían de costar muy caro a la nación, se hizo notable por ese capítulo.

Ocupaba la Secretaría de Fomento y era, a lo que decían, muy progresista: abría el pecho a los extranjeros y a los negociantes. En su despacho tenía sobre la mesa, mapas de las diversas regiones de México. Allí, como

en todos los países que aún no alcanzan cierto grado de preparación administrativa, el catastro es casi inexistente y la mayor parte de los títulos de propiedad todavía se aproximan bastante de los del tiempo de los españoles. Pues bien, cuando se presentaba algún señor fino, de buenas maneras y de dinero, y alegaba que era preciso colonizar México, atraer a los extranjeros, desarrollar las riquezas, pero que para esto era indispensable el auxilio del gobierno, se necesitaban tierras; el ministro de Porfirio Díaz tomaba luego uno de los mapas e iba repartiendo las tierras nacionales. Con esa concesión, el individuo constituía una empresa de la que generalmente entraban a formar parte los altos funcionarios del gobierno.

Todo eso se tenía por legítimo, no se pensaba que en aquellas tierras repartidas sobre la mesa, había poblaciones indígenas, poblaciones mexicanas, que las trabajaban desde hacía muchos años, tal vez desde hacía siglos.

Como no constaba la propiedad de los terrenos en los registros públicos oficiales, eran dados en aquella forma, considerados como baldíos, sin la más mínima atención al derecho de los humildes que iban a ser despojados.

Gracias a ese sistema, Porfirio Díaz fue siendo rodeado por personajes que la propaganda extranjera y de los negociantes, en muchos casos hizo célebres. Me excuso de repetir nombres, porque no debo para eso abusar de la situación actual; pero de esa manera es como se hacían entonces las grandes fortunas.

Narraré nada más un episodio interesante, que pinta bien lo que era la situación mexicana en aquel tiempo.

Al norte de la República hay un Estado, cerca de tres veces mayor que Francia, y ese Estado fronterizo fue dado a un compadre de Porfirio Díaz, a un célebre poseedor de tierras mexicano. Era emprendedor y activo; compró ganados y estableció la cría; cuando llegó a poseer muchos miles de cabezas, con el lucro de la venta construyó pueblos cuyas casas permanecían siendo suyas, porque tenía el cuidado de no vender una sola; úni-

camente las alquilaba. Después se dedicó al cultivo del trigo, construyó molinos para hacer harina, que vendía. Todo esto sería muy poco extraño, dentro del régimen de propiedad existente; pero él no se detuvo ahí; era rico, era compadre y compañero de armas de Porfirio Díaz, y consiguió que fuese prohibida la construcción de otros molinos en aquella zona, donde ya era dueño de la tierra y de las casas. Cuando resolvió montar una cervecería, logró que se prohibiese la entrada, a ese territorio, de la cerveza procedente de otros Estados. Si el general Porfirio Díaz hubiese permanecido en el poder, claro es que en poco tiempo aquel concesionario habría obtenido cesión del aire, para venderlo por peso y medida a los habitantes del Estado... (Risas.)

Por otra parte, y como correspondiendo a ese régimen, en las universidades y colegios se predicaban las teorías que defendían semejantes injusticias.

Cuando Juárez reorganizó la educación, quiso barrer de las escuelas mexicanas, como se hizo en todo el mundo en ese tiempo, el sistema de escolástica, de literatura que antes predominaba y que producía hombres teóricos, incapaces para la vida social, quiso acabar con el sistema de formar poetas, pero no hombres útiles.

Juárez propuso que se llevase a la escuela el trabajo, la ciencia bajo la forma positiva, importada en México por un discípulo de Augusto Comte, el mexicano don Gabino Barreda.

Cabe aquí una explicación, que me es sugerida por una carta que recibí ayer o antier, en la que se dice que en uno de los asuntos que forman el programa de esta conferencia, yo hacía alusión, que podía ser injusta, a las doctrinas positivistas. Y con el mayor placer declaro que los hombres que introdujeron el positivismo en México, eran pocos y de buena fe, y la juventud mexicana, las generaciones mexicanas solo tienen frases de afecto para don Gabino Barreda, para todos los sabios positivistas que esparcieron sus enseñanzas en México y nos

llevaron el criterio científico para substituir los criterios verbales que antes habían prevalecido.

Sin embargo, la doctrina que en México se propagó con el nombre de positivismo y después se extendió en todo el país, era una doctrina que, a la luz de nuestro criterio actual, se nos presenta como injusta y absurda. Convenía muy bien a los amigos de don Porfirio Díaz; a todos cuantos en este mundo entienden que debían oprimir a los otros; pero era incompatible con las tendencias modernas de generosidad, de confraternidad entre todos los hombres, porque en cuanto a la cuestión social, se resumía en el precepto darwiniano de la lucha de los individuos, de la lucha de las especies, y los sabios del tiempo de Porfirio decían en los diarios y revistas, en los libros y en la cátedra, que la situación del pueblo mexicano, en su mayoría, era la más natural, puesto que se trataba de un pueblo inferior, ignorante; y que las clases superiores, educadas, descendientes de los europeos, ricos y poderosos, triunfasen sobre la masa, conforme a las doctrinas de que, en la lucha, el apto tiene que vencer al inepto.

De modo que, el infeliz mexicano, que ya no tenía del Estado el amparo de la religión, porque las Leyes de Reforma habían decretado la separación de uno y otra; ese infeliz que, en compensación, debía contar con la escuela, perdía esta última esperanza, porque ahí se preconizaba la doctrina positivista darwiniana, según la cual a él solamente le tocaba ser vencido.

¿Se resignó el pueblo mexicano? ¿Se conformó con esta situación?

No; los pueblos nunca abdican, y mucho menos el mexicano, que respondió: "La ciencia que sostiene semejante cosa es una ciencia malvada y si ella dice eso, ¡vamos a acabar con la ciencia!".

Entonces, el odio a Porfirio Díaz se volvió en contra de los hombres ilustrados que lo rodeaban y que abogaban por la teoría de la incapacidad absoluta del pueblo. Se declaró la lucha.

Era el choque de la falsa ciencia con la nada que ella consideraba ser el mexicano. Se formaron las dos corrientes eternas del bien y del mal: en un campo, los ricos, los poderosos de la tierra; en el otro los pobres, los desvalidos, para combatir ciegamente, aún sin saber a dónde iban...

Entonces se creó un término muy conocido en la política mexicana y que tal vez haya llegado hasta el Brasil; en la última revolución el grito fue: "mueran los científicos".

Eran los falsos sabios, que rodeaban a Porfirio Díaz, así llamados porque algunos de ellos habían afirmado en sus discursos que muerto aquel, proseguirían gobernando como él lo hizo; de acuerdo con la ciencia, de acuerdo con su ciencia positiva, que nada reconocía más allá de la materialidad, y dejaba sin esperanza a los oprimidos. La revolución contemporánea en México es la reacción en contra de esa creencia absoluta en las fuerzas de la materia.

Todos los movimientos sociales, sin embargo, tienen que encarnar en conciencias humanas, y cuando se extrema la lucha entre el bien y el mal, al punto se produce ese milagro que es el santo.

En medio del caos de perfidias y de pasiones que era el porfirismo, el observador superficial habría declarado que para la raza mexicana ya no había remedio. No me sorprendería que algún europeo que hubiera estudiado nuestra situación en este momento, hubiese declarado con sinceridad, como vemos hasta en libros firmados por latinoamericanos, que no pasan de cobardes incurables, las razas mezcladas hispanoamericanas.

Pues bien, surgió uno de nuestros espíritus más altos: Francisco Madero, hombre que poseía todas las ventajas sociales, que era rico, cuya familia es todavía hoy una de las más opulentas de México, que era ilustrado, que reunía todas las condiciones de que hablaban los señores "científicos"; había estudiado en una Universidad, siguió sus cursos, cultivó su inteligencia.

Durante algún tiempo, se dedicó a la agricultura; pero en medio de su situación, tan favorecida, se sentía im-

presionado por la del pueblo mexicano. Se rebeló, primero, espiritualmente; la rebelión espiritual debe proceder a todas las demás; se rebeló contra la odiosa doctrina y, en sus excesos espiritualistas, llegó a las mayores exaltaciones, hasta en materia religiosa. Escribió artículos y folletos, fustigando a los sabios de la época, las teorías económicas y políticas del porfirismo positivista.

Poco después, uniendo la acción a la creencia, cuando Porfirio Díaz, después de treinta años de gobierno iba a ser reelecto por sexta vez, publicó Madero un libro, en el que examinaba la situación de México y presentaba el remedio.

No era como los libros de los sabios del porfirismo, de ciencia positiva, practicantes del principio de *laissez faire* y para quienes la ciencia se limita a observar los fenómenos sociales, sin poder modificarlos; no; él venía a indicar cómo poner término a todos aquellos males, predicando y repitiendo la verdad indestructible de que la salvación del hombre está en el hombre, y de que nada hay por encima de la conciencia humana y de los principios del bien. (¡Muy bien!)

Madero, inspirado por su cristianismo atento a toda secta y a todo interés, hizo lo que hace todo cristiano que comienza a aplicar su doctrina en este mundo: distribuyó gran parte de lo que poseía, vendió lo restante, destinó cierta cantidad a la manutención de familias pobres que de antes venía socorriendo, y con lo que quedó del patrimonio que heredara y que había aumentado con su trabajo, promovió una propaganda democrática. Inició en México la revolución que habría de derrocar a Porfirio Díaz.

El método que adoptó fue el más sencillo; era un hombre que no creía en las realidades –y no conozco grande hombre que crea en ellas– y aseguró que el mejor medio de vencerlas eran no tenerlas en cuenta sino estar animado por un ideal tan poderoso que en un instante las destruyera. (¡Muy bien!)

Fue, por todas las poblaciones, en una prédica que provocaba la risa de los porfiristas, porque se limitaba

a decir: "La solución es la más fácil: se aproximan las elecciones, vamos todos a votar contra Porfirio Díaz, no permitiendo que se reelija".

Le respondían: "Él como acostumbra, mandará soldados, se apoderará de las urnas, no consentirá que votemos". Madero replicaba: "Poco importa: habremos cumplido nuestro deber yendo a votar y si quiere destruir nuestro esfuerzo, el país decidirá lo que tiene que hacer".

Y esto fue diciendo por todo el país: "Es imprescindible votar contra el gobierno, que es un gobierno infame"; y agregaba solamente alguna que otra observación para esclarecer la opinión pública.

Cuando algunos periódicos afirmaron, como sucede en todo tiempo, que Porfirio Díaz era bueno, que los malos eran los que lo rodeaban y bastaría un cambio de ministerio para que todo mejorase, Madero insistía con la verdad, como lo debe hacer todo hombre superior: "No crean lo que dice esa prensa de oposición a medias: el malo es Porfirio Díaz, que mandó perseguir a este, y encarcelar a aquél, matar a aquel otro; él es la causa de todo; no debemos atacar a los ministros, sino a Porfirio Díaz".

Iba de pueblo en pueblo; los soldados, las autoridades de Porfirio Díaz encontraban tan insignificante a un hombre que decía cosas tan sencillas, que ningún obstáculo le opusieron al principio. Únicamente le hicieron una campaña de ridículo, juzgando que bastaría para destruirlo.

El pueblo, entre tanto, que siempre sabe comprender a los hombres sinceros, comenzó a acompañar a Madero, a dejarse sugestionar por su gran energía espiritual; y cuando llegaba a una población los habitantes lo rodeaban. Si la autoridad ya había prohibido el meeting en el punto en el que se tenía que realizar, la reunión se trasladaba a otro lugar y se efectuaba.

Ya después, para evitar que Madero fuese aprehendido, los hombres del campo, una especie de gaucho, lo acompañaban al salir de un pueblo, hasta que otros venían del que quedaba próximo, para escoltarlo a su turno,

acompañándolo desde la entrada hasta el local en donde había de tener lugar la conferencia. De esta manera, caminaba guardado por hombres armados que lo defendían.

Por fin tuvo Porfirio Díaz noción del peligro y consiguió aprehender a Madero; este, poco después, ya fuese por la influencia de su familia, ya porque, a pesar de todo, todavía no le tomaban muy en serio, logró escapar de la prisión y tras de breve permanencia en los Estados Unidos, para que le perdiesen la pista, regresó al país.

Ya se habían hecho las elecciones, y Madero publicó el Plan de San Luis, en el que declaraba que la elección llevada a cabo por Porfirio Díaz era una burla, que debía ser rechazada y era menester proceder a una nueva.

Madero volvió a hacer lo que había hecho Morelos y Juárez; no se limitó a resolver la cuestión política del momento sino que abordó otra vez el problema económico mexicano; problema fundamental en todos los pueblos y especialmente en los oprimidos como aquel. Aumentó, por tanto, al Plan, las bases de la cuestión económica, que hasta hoy es la bandera de la discordia en México.

En el Plan se explicaba que las tierras cedidas a extranjeros u otorgadas por medio de las célebres "mercedes" habrían de ser devueltas a los indios, por un procedimiento rápido y sumario, porque el indio no tiene dinero y menos para demandar; de suerte que cumple al Estado acudir en su auxilio. De ese modo, Madero tendía a la restitución de tierras usurpadas y, al mismo tiempo, a la reducción de los latifundios, estableciendo que de ellos, definidos de acuerdo con las condiciones de cada Estado, la tercera parte fuese tomada, indemnizada por el gobierno y vendida a pequeños propietarios que la desearan.

Esto, junto con las cláusulas políticas, es lo que constituye la esencia del Plan de San Luis.

Se realizó entonces uno de esos fenómenos extraordinarios en la existencia de los pueblos: la revolución triunfó casi sin sangre. La presión de la opinión pública, fue tal, que el mismo Porfirio Díaz, ya viejo y bajo el peso de

la impopularidad, se retiró después de una o dos acciones sin importancia, en las que los rebeldes derrotaron a las fuerzas gobiernistas, que peleaban sin ardor.

Después de un interinato, subió Madero a la presidencia.

Cometió un solo pecado, que le es sumamente honroso: no era un estadista sino un apóstol, un verdadero santo, repito, y en el poder menos le importaba el triunfo de tal o cual medida que el de la doctrina por la que luchaba.

Podría citar, a este propósito, innumerables casos, pero como tomaría demasiado tiempo, me contentaré con uno, que es típico.

Se encontraba Madero, una ocasión, en un gabinete de trabajo; era ya Presidente; vino un amigo a pedirle audiencia para un asunto urgente; le contestaron que el Presidente estaba ocupado con otra persona; el amigo insistió, y Madero mandó pedir que esperase. En eso, la puerta se abre y el visitante reconoce con sorpresa que quien así ocupaba el tiempo de Madero era un antiguo general de Porfirio Díaz, que había combatido a la Revolución y que merecía hasta ser procesado, porque se le acusaba de haber comprado para el ejército, cañones que no servían y había quedado comprobado que no correspondían al precio de adquisición.

Pues bien, el amigo de Madero, viendo cómo trataba a su antiguo enemigo, le dijo con toda naturalidad –porque a Madero solo se le hablaba como se debe hablar a los grandes hombres: de frente y sin bajeza–, "¡cómo trata a esa gente!".

A lo que el Presidente replicó: "Mira, Fulano, con los amigos, con los que ya profesan nuestras ideas, no vale la pena que perdamos tiempo: ya están convertidos. Es preciso, en cambio, cuidar de convertir a los enemigos, de traerlos al buen camino".

Ese hecho pinta bien al hombre que iba a ser después sacrificado por la reacción.

La generosidad de Madero, su indiscutible superioridad sobre su época, fue una de las causas de su caída.

Esas causas han sido muy discutidas; mas para mí, que he aceptado el compromiso de decir toda la verdad, y hasta porqué los mexicanos no perdonarían si en una ocasión como esta, en que por ellos entro en contacto con nuestros hermanos brasileros, y ocultase la más pequeña parte de la verdad sobre México; para mí, debo decir, que una de esas causas provino de él mismo, porque cuando estuvo en el poder, careció de la energía violenta de Juárez, y no procedió como este, no fue radical. El Plan estableció que serían devueltas a los indios las tierras que les habían sido robadas; pero el Plan quedó un poco olvidado. Madero pensó: "Vamos primero a hacer las elecciones, para que venga una Cámara de Diputados, libremente electa, a estudiar las leyes agrarias, de modo que se mejore la situación económica del pueblo de México". Ahora bien, esto evidentemente aplazaba la reforma y ponía el proyecto en peligro, porque daba tiempo a que los ricos, que siempre son poderosos, se ganaran a los diputados y demorasen indefinidamente la promulgación del acto legislativo.

La circunstancia de que Madero hubiera querido llevar a cabo la reforma por medios legales lentos, en vez de implantarla, como tenía derecho, con fundamento en el Plan de San Luis, por el que había luchado el pueblo, y no por la demora en su ejecución, esta fue una de las causas de que provino cierto enfriamiento para Madero.

Además, tenía en su contra el hecho de pertenecer a una familia rica, muy rica. Mucho sabíamos de las nobles intenciones que lo animaban para llevar a cabo el Plan de reformas por intermedio de una ley, pero sus enemigos, los mismos grandes propietarios de tierras, se encargaron de propalar entre los humildes, entre los pobres, que Madero los traicionaba, que ya no se acordaba del Plan y que solamente quiso derrocar a Porfirio Díaz para quedar en su lugar.

Esa propaganda, hábilmente desarrollada, ya por la prensa, ya privadamente, hizo que Madero perdiera gran parte de su fuerza.

Por otra parte, ya cité el caso general de Porfirio Díaz: otros, que se encontraban en las mismas condiciones, fueron también perdonados generosamente, y Madero llegó a este punto: cuando se trataba de algún ascenso, de dar pruebas de consideración a algún general, por ejemplo; los que se habían quedado con Porfirio Díaz eran preferidos a los revolucionarios, pues decía que eran más prácticos en las guerras, que tenían la educación de soldados, y que los otros, sus compañeros, debían dar ejemplo de abnegación, como buenos patriotas.

Pues bien, esa generosidad fue tomada por necedad idiosincrática, como un manejo por demás ingenuo.

Contra él se encarnizaba, además, la raza de los "sabios", de la "gente culta", del porfirismo. Madero soportaba todo, con su elevado espíritu cristiano, pero si personalmente salía triunfante, su figura perecía cada vez más, su causa perdía terreno.

El gobierno fue siendo minado y, aprovechando esa situación, año y medio después de iniciada la administración de Madero, un ebrio, que había llegado a ser general de Porfirio Díaz, y que de Madero recibiera toda clase de favores, se levantó contra él, con la misma fuerza que el Presidente le confiara. Ese hombre prendió a Madero en Palacio y le exigió que renunciara, con el pretexto de que el pueblo no lo quería: Madero se rehusó, fue encarcelado y, al cabo de dos días, muerto por Victoriano Huerta. Así terminó sus días el tercer grande hombre de nuestra historia nacional, en el desastre, como los otros dos.

Con la muerte de Madero, el pueblo de México comprendió la situación y se levantó en masa: nunca hubo revolución más nacional que la que se irguió contra Huerta; de todas partes se ponían los hombres en marcha, sin saber de cierto a dónde iban; pero con el propósito de castigar a Huerta, de acabar con el ejército que traicionara los principios de la república, y triunfó ese movimiento, bajo la jefatura de Carranza.

Desgraciadamente, este temió que procediendo generosamente como lo hiciera Madero, correría la misma suerte, temor que no asalta a los grandes hombres sino solamente a los mediocres. Con una generosidad relativa, podría haber establecido un gobierno libre, pero no supo conducirse como patriota y sí como dictador. Se aprovechó de su victoria para extender las redes de la dictadura; pero el país, que ya no quiere saber de despotismos militares, volvióse unánime, contra Carranza.

De ahí se originó el gobierno actual, del que no diré una sola palabra, puesto que de él soy parte; el juicio que sobre él tenga que ser formulado lo será por todos los mexicanos, por todo el mundo, no por mí.

Deseo solamente poner de relieve la tendencia que hoy predomina en México, después de tantos sacrificios, de tantas luchas: la creación de un sistema de organización que se aleje un poco de lo anterior.

Buena parte de nuestros males proviene de que, al hacerse la Independencia, Iturbide estableció un imperio, copiado de los imperios europeos; cuando Juárez venció, copió una constitución extranjera. Se puede decir que hemos vivido constantemente como siervos de otras civilizaciones, y este es uno de los motivos de nuestros fracasos.

Hoy, por las circunstancias en que México se encontró, por las luchas que tuvo que emprender contra los intereses arraigados allí y que ya no son, como en otro tiempo, únicamente mexicanos, porque a la sombra de Porfirio Díaz muchos extranjeros obtuvieron concesiones y beneficios; hoy, digo, la administración mexicana ya no quiere otorgar esos favores, está regida por una constitución que nació de la Revolución contra Huerta, y en la que se declara que ciertas riquezas nacionales son propiedad del Estado y no pueden pertenecer a extranjeros.

Me refiero, en este caso, a la tan comentada cuestión del petróleo, sobre la cual necesito detenerme, todavía, unos instantes.

Porfirio Díaz dio concesiones que entregaban el petróleo a los extranjeros; muchas veces es muy posible que no supiese cuánta era la riqueza que iba a dar, y de esta manera la había despilfarrado.

Por tanto, hoy, que ya se conoce bien el asunto, ha sido menester fijar normas más estrictas, cuando menos para las nuevas concesiones. Así que, la concesión no transfiere ya la propiedad; se modificó ligeramente el derecho antiguo, el derecho romano; el dueño del suelo es propietario de la superficie, pero el petróleo queda exceptuado, teniendo por verdadero propietario a la nación. Los interesados, naturalmente, levantaron el grito, haciendo aparecer que se trataba de una medida extraordinaria; no es exacto; porque una legislación análoga existe en nuestro país y en todos los demás sobre las minas. Ya el gobierno español había aplicado ese régimen cuando se descubrió que las colonias tenían metales preciosos, como el oro o la plata; las minas existentes en terreno que pertenece a determinado individuo, pueden ser denunciadas por cualquier otro, y tienen que ser explotadas de acuerdo con la ley relativa. Esta, en la República, ha venido continuando las ordenanzas del reino; sencillamente no se hablaba de petróleo, al principio, porque era desconocida tal riqueza en México y en el mundo y, sin embargo, ya las leyes hablaban de "materias carbónicas".

El legislador mexicano moderno, al ver el error de Porfirio Díaz, lo que hizo, nada más, fue aplicar al petróleo el régimen relativo a las minas.

De otros asuntos importantes se preocupó también nuestra Constitución, como el establecimiento del día obligatorio de ocho horas, para los operarios. Esta medida social provocó disgustos entre los industriales; pero la verdad es que solamente entre los que están iniciando o tratan de iniciar su industria, porque los establecidos hace algún tiempo, han hecho, hasta el "motu proprio", valiosas concesiones a los trabajadores.

La Constitución mexicana moderna, al velar de esta manera por la defensa de los derechos de los obreros, se aparta enteramente de la teoría positivista que servía de base al gobierno de Porfirio Díaz, y según la cual, el Estado no debía intervenir en las relaciones entre particulares: repudia esa economía política que se cruza de brazos ante el sufrimiento de los humildes. Al contrario, prescribimos que esa intervención tiene que llevarse a cabo en favor del humilde, del ignorante, porque el Estado no es un poder frío y ciego, sino un poder justo y generoso, que tiene la obligación de ayudar a quien lo necesita. (¡Muy bien!)

Es lo que preceptúa nuestra Constitución, y los resultados han sido de tal naturaleza, tan excelentes, que, hace poco, una gran empresa constructora que tiene interés en México y en otros países, hacía notar el hecho de que las utilidades allí obtenidas, eran buenas, y la situación del trabajo superior a la de los Estados Unidos y de cualquier país europeo. Quiere decir, que ha tenido menos dificultades con los trabajadores que en aquellas naciones que en todo se reputan más adelantadas que México. La mencionada compañía, después de experimentar la nueva ley, se declaraba satisfecha, encontrando que su texto, da garantías al operario, individualmente, y al mismo tiempo facilita el funcionamiento de la industria, porque reduce el número de disensiones entre empresas y obreros, los que colaboran con el gobierno, transformándose en un elemento, no de desorden, sino de orden, porque ven amparados los intereses legítimos de la gente que trabaja y no los de quienes pretenden explotar a sus semejantes.

Sobre esa base social se desarrolla actualmente la nacionalidad mexicana y no solo me resta añadir, para terminar que, con la corriente liberal, con la corriente económica que ha habido en México, vino también, en los últimos tiempos, una fuerte tendencia de buscar el concurso de los países del sur, no con propósito alguno de alianza a la anti-

gua, para agredir a quienquiera que sea, sino con el deseo de integrar el espíritu de nuestra raza. (¡Muy bien!)

Creemos, en México, que hemos pasado ya, la época de prueba, que fue el siglo xix, época en la cual todo lo tomábamos de fuera: todo lo juzgábamos bueno, si venía de fuera. Ha llegado el instante en que debemos construir por nosotros mismos nuestro futuro, nuestro progreso, nuestra propia alma nacional. (¡Muy bien!)

Sin embargo, como los factores que formaron a México, no lo constituyeron en un pequeño país, aislado en el mundo, sino que son comunes a muchos otros pueblos del continente, creemos que es ridículo estar copiando las formas de organización de los pueblos de Europa, que bien podemos llamar formas de la antigüedad; creemos que es necesario establecer ya un nuevo sistema de organización nuestro. (¡Muy bien!)

Todas las nacionalidades contemporáneas se han formado en tratados políticos, y bien puede decirse, que el proceso seguido fue siempre más o menos el mismo. Al principio, desde la Edad Media, fueron las alianzas dinásticas, los casamientos de príncipes, las combinaciones entre las familias reales; más tarde, entraron en juego las necesidades y ventajas del comercio; y, hasta para muchos estadistas americanos, la guerra de Independencia en nuestro país no fue sino un fenómeno económico: la metrópoli, del mismo modo que Portugal, no nos quería abrir los mercados y nosotros deseábamos negociar con todo el mundo.

Hagamos notar, de paso, que ese fue en verdad, uno de los factores; pero no el único. Pensamos, sin embargo, estar en camino de una situación en que ya no prepondere más el factor llamado económico, entre los gobiernos y los pueblos, sino que, también para la educación y el desarrollo de las nacionalidades, existan los factores espirituales, contenidos en nuestra propia conciencia, que nos impulsan a reflexionar en que debemos dar preferencia en las cuestiones culturales y de organización, a nuestros elementos raciales. (¡Muy bien!)

En México, por ejemplo, se verificó este fenómeno muy significativo en los primeros tiempos de la independencia, los textos oficiales, lo mismo que exclamaciones del pueblo en las fiestas nacionales; todo era, en apariencia, una expresión de profundo rencor contra los españoles. Pues bien, eso se fue apagando y casi ha desaparecido por completo. Hoy existe la acentuada tendencia a retornar a las raíces de nuestra nacionalidad, para fortalecernos.

La situación es ahora totalmente diversa de la de otros tiempos, y los orígenes de nuestra raza reúnen todas las condiciones para ser nuestros mejores amigos. (¡Muy bien!)

El primer siglo de vida independiente lo empleamos nosotros en fijar los límites de la patria, en enriquecerla, en organizarla socialmente: ha llegado el momento de afocar su espíritu, de crearle un alma, un alma propia. (¡Muy bien!)

Para crear esa alma, las fuentes en que queremos beber, en primer lugar, son las fuentes iberoamericanas; las fuentes latinoamericanas. (¡Muy bien!)

Por esto mismo, es sincero y vehemente, como os dije, el impulso de los hijos de México, hacia los pueblos del sur. Se trata de un fenómeno imposible de contener; y he tenido la gran fortuna de ver, en los pocos días de mi permanencia en vuestro suelo, que no fuimos nosotros los iniciadores de este bendito movimiento: aquí lo he encontrado, definido, tan poderoso como es capaz de serlo en mi país. (¡Muy bien!)

Y no podría llevar, del Brasil, mayor satisfacción que esta, que me ha sido deparada aquí, con quienes nos precedieron en la tendencia de construir, en el continente, una civilización iberoamericana, un espíritu latinoamericano, fuerte y digno, noble y poderoso.

Boletín de la Secretaría de Educación Pública,
Tomo I, No. 3, Enero 1 de 1923, pp. 511-532.

El alma latinoamericana y su símbolo heroico*

Excelentísimo señor Presidente,
Señores:

Me cabe la altísima honra de ofrecer al Brasil, a nombre de México, esta estatua de nuestro mayor héroe indígena, del héroe que está más cerca del corazón mexicano. Un héroe fracasado si se le ve desde el punto de vista de los que solo reconocen el ideal cuando se presenta en el carro de la victoria, domeñando altiveces y aplastando rebeldías; mas, para nosotros, un héroe sublime porque prefirió sucumbir a doblegarse, y porque su memoria molestará eternamente a los que tienen hábito de halagar al fuerte, y son esclavos incondicionales del éxito, en cualquiera de sus míseras formas. Un héroe del dolor vencido alza en este bronce su penacho enhiesto, su flecha voladora y su boca muda sin jactancias en la acción supremamente desdeñosa en la derrota. Se yergue una vez más ante los siglos, ya no solo en la capital de México, sino también en este Brasil cordial que abre sus puertas a todos los pueblos, pero que sabe aliar su corazón a la justicia y al derecho, al heroísmo y a la bondad. El bronce del indio mexicano se apoya en el granito bruñido del pedestal brasilero; dimos bronce y nos aprestasteis** roca para

* En el *Boletín* de la SEP se presenta como "Discurso de José Vasconcelos en las fiestas centenarias del Brasil. La entrega de la estatua de Cuauhtémoc al Brasil". También fue publicado en *El Repertorio Americano*, Tomo 5, No. 16, Enero 8 de 1923, pp. 216-218, de cuya versión tomamos el título. Asimismo, en la revista *El Maestro*, la alocución es designada "El bronce del indio mexicano se apoya en el granito bruñido del Brasil".

** En la versión del discurso publicado en *El Repertorio Americano* se anota "aprestastéis"; en *Discursos 1920-1950*, tanto en su primera

asentarlo, y juntos entregamos, en estos instantes, las dos durezas al regazo de los siglos para que sean como un conjuro que sepa arrancar al destino uno de esos raptos que levantan del polvo a los hombres y llenan los siglos con el fulgor de las civilizaciones: el conjuro creador de una raza nueva, fuerte y gloriosa.

¿Por qué deseamos partir de este símbolo?, ¿qué es, para nosotros este indio que hoy se levanta orgulloso entre el fausto de gentes que no son suyas? La historia de Cuauhtémoc es breve como un episodio y resplandeciente como una ráfaga divina; una de esas majestades que hacen enmudecer al poeta, callar al filósofo y ante las cuales solo el narrador procura ensayar un canto que emite al ritmo del maravilloso suceso humano. Sabéis la historia; los conquistadores, el Conquistador, el más grande de todos los conquistadores, el incomparable Hernán Cortés, que vencía con la espada y convencía con la palabra, después de su audacia gloriosa de quemar barcos para encadenar victorias, avanzaba con grandes ejércitos, iluminado por la aureola de las leyendas. Los caciques indígenas que pretendían resistirle, caen aniquilados por el fuego sagrado de armamentos inauditos, que servían a los conquistadores como si fuesen hijos del mismo dios Sol que ilumina la tierra.

Veracruz, Tlaxcala, media docena de reinos limítrofes se habían declarado vencidos y habían puesto sus ejércitos a disposición del conquistador, y el mismo Moctezuma, el orgulloso monarca, lo recibía en la capital azteca, y le entregaba su palacio y le prestaba su vasallaje. Era la civilización nueva que amenazaba; la raza de los fuertes; la raza de los semidioses que invadían sin remedio y aniquilaban para siempre la antigua, la orgullosa raza conquistadora mexicana. Y los hombres avisados

edición (Botas, 1950) como en la posterior (Trillas, 2009) dice “aprestais”. Además de reproducirse aquí la versión del *Repertorio*, la oración, con el verbo *aprestar* en modo indicativo declinado en pretérito corresponde gramaticalmente con las frases anterior y posterior, cuyos verbos están conjugados en pretérito. Solo se suprimió el acento.

del imperio azteca, los que correspondían a lo que hoy se llama la gente sensata; los egoístas, los pusilánimes, los ingenios sin corazón, proclamaban que la resistencia era inútil, y mejor plegarse a lo inevitable, y entregar las tradiciones y los ideales propios a la voluntad del más fuerte para que los forjase a su antojo, tal y como todavía tantos exclaman ante el avance de todos los fuertes. Pero un héroe es un hombre que tiene la audacia de romper toda esta maraña de pensamientos cobardes para poner en obra el impulso interior de la justicia divina. Lo mismo si triunfa que si cae vencido, el héroe es ímpetu sincero y noble arrogancia. Ímpetu que niega y anula los hechos si los hechos son viles, y arrogancia que desafía la adversidad si la adversidad derrota al ideal. "Es la raza invencible de los hijos del Sol", decían los timoratos, y entonces Cuauhtémoc se puso a matar hijos del Sol, y exhibía a los muertos con escarnio para que el pueblo viese que los cobardes mentían. Y usando de su calidad de príncipe y del poder que había en su alma férrea, logró sugestionar a algunos de los suyos, reunió a los jóvenes, formó falange y empezó la lucha desigual, la lucha eterna y sagrada del débil que posee la justicia contra el fuerte que la reemplaza con sus conveniencias. Lucha que, aunque sea desesperada y oscura, debe siempre aceptarla el débil, porque es el espíritu quien impone las normas y su propósito repercute en el tiempo y a veces trueca la amargura en dicha y la derrota en triunfo.

Todo esto, sin filosofías,* lo dijo Cuauhtémoc en la página elocuente de sus arrebatos, y fue con la ironía y la prédica, con el desdén y la violencia, forzando combates, befando a Moctezuma como un traidor –porque hay ya un traidor en todo el que transige con la injusticia– y

* En la versión de *El Repertorio* aparece así, en plural. En ambas ediciones de *Discursos* se anota el singular, "filosofía". Por el sentido del comentario, deducimos que la intención del autor al anotar "filosofías" sugiere ideas y conceptos desvinculados de la realidad concreta, al momento histórico al que Cuauhtémoc se enfrentó, y no la falta de una filosofía como visión del mundo, sobre todo, puesta en práctica.

retando a Cortés. Y por fin venció a Cortés, y ayudando a Cuitláhuac lo destrozó, lo arrojó fuera de la ciudad, y lo hizo llorar sus pérdidas en la célebre "Noche triste" del gran Conquistador. Noche memorable en que Cortés debe haberse sentido hermano de su gran enemigo, hermano por la grandeza y el dolor, y también porque, desde entonces, quedó escrito que en las tierras de Anáhuac no sería una sola raza vencedora, sino dos razas en perenne conflicto, hasta que la República viniese a poner término a la pugna, declarando que el suelo de México no es, ni será propiedad de un solo color de la tez, ni de dos razas solas, sino de todas las que pueblan el mundo, siempre que amolden sus ímpetus al ritmo secular indoespañol.*

Todo este proceso del futuro pasó, sin duda, en forma confusa, por la mente de aquellos dos héroes en la célebre noche en que el indio vio llorar al español, y el destino siguió su marcha inflexible que arrastra a los hombres. Más tarde Cortés volvió con todos sus soldados y compañeros y, después de un sitio prolongado y cruento, capturó la ciudad y a Cuauhtémoc, y lo llevó al tormento para arrancarle el secreto de los tesoros reales; y Cuauhtémoc, como sabéis, aprovechó la ocasión para hacer una célebre frase, y finalmente, cuando ya prisionero y vejado, era conducido al cadalso y el fraile que le acompañaba le prometía el cielo si abrazaba la fe de sus vencedores, Cuauhtémoc le preguntó si a ese paraíso de que hablaba el fraile iban también los enemigos de su patria y, habiéndole contestado afirmativamente, el indio repuso: "Entonces, padre, yo no voy al paraíso", y estas fueron las últimas palabras que dijo, y con Cuauhtémoc desapareció, para siempre, el poderío indígena.

Tal es la simple y férrea historia del héroe para quien os pedimos la hospitalidad de esta playa abierta al mar y apoyada en la montaña, es decir, por el frente la libertad

* Esta palabra no se encuentra en el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua Española, pero se transcribe tal cual, respetando la escritura del autor, entendiéndola en el mismo sentido de indoeuropeo e indogermánico.

de todos los caminos, pero en la base el granito en que labra su futuro la nueva raza latina del continente, una en la sangre y en el anhelo, en el dolor y en la dicha. Tal es el símbolo que entregamos a vuestras miradas de todos los días, y que pretendemos quede enraizado en vuestra propia tradición para que en ella signifique lo que hoy significa en la nuestra: la certidumbre de la propia conciencia y la esperanza de días gloriosos. Pues este indio, es para nosotros un símbolo de la rebeldía del corazón; es la crispación del brazo ofendido, pero también el alarde de la mente. Y ahora Cuauhtémoc renace porque ha llegado, para nuestros pueblos, la hora de la segunda independencia, la independencia de la civilización, la emancipación del espíritu, como corolario tardío, pero al fin inevitable, de la emancipación política.

El primer siglo de nuestra vida nacional ha sido un siglo de vasallaje espiritual, de copia que se ufana de ser exacta, y esta es la hora, no de la regresión, pero sí de la originalidad que, aunque fuese vencida en la tierra, buscaría refugio en la mente para expandirse, porque ni quiere ni puede perecer y brega porque la anima un impulso sagrado.

Y esa originalidad que toda civilización verdadera trae consigo no la hemos logrado en un siglo, porque nos ha faltado la valentía de Cuauhtémoc, su fe en una concepción propia del mundo, y su audacia para poner en el cielo lo que de momento no pueda triunfar en la tierra.

Yo bien sé que hoy, como ayer, hay quienes niegan y hay quienes ignoran estos presagios que ya resuenan en el viento; estas voces de una gran raza que comienza a danzar en la luz; pero los incrédulos de hoy, lo mismo que los que aconsejaban a Cuauhtémoc que no batiese los españoles, porque los españoles eran de raza superior, la raza civilizada, pasarán como pasaron los pusilánimes de antaño, sin dejar ni siquiera un rastro, mientras que el indio magnífico, el rebelde absurdo, se levanta orgulloso sobre la tierra de dos continentes. Ellos no son, así como

los de hoy no serán mañana, y por encima de todos resplandece la flecha que apunta a los astros.

Cansados, hastiados de toda esa civilización de copia, de todo este largo coloniaje de los espíritus, interpretamos la visión de Cuauhtémoc como una anticipación de este florecimiento, o más bien dicho, nacimiento del alma latinoamericana, que en todos nuestros pueblos se ha acentuado con intensidad irrevocable, y miramos en su gesto unas veces al desafío y otras el ensueño; un presagio feliz de esta vida nueva que se desborda en todas las naciones del continente nuestro, y que ha de verse consolidada en mentes que le den gloria, en corazones blandos que la tornen noble, y en voluntades firmes como el bronce azteca.

Claro está que la nación mexicana, en su culto por Cuauhtémoc, no quiere significar un propósito de hacerse estrecha y de cerrar sus puertas al progreso; no pretendemos volver a la edad de piedra de los aztecas, como no aceptaríamos volver a ser colonia de ninguna nación. Tampoco renegamos de Europa ni le somos de manera alguna hostiles, agradecemos sus enseñanzas, reconocemos su excelencia y tendremos siempre abiertos los brazos para todos sus hijos; pero queremos dejar de ser colonias espirituales. *Independencia ou morte*, dijo un héroe ilustre de Brasil, y el destino le respondió con la libertad y la vida, y ahora reclamamos vida propia y alma propia. La importancia ha sido tal vez fecunda, pero ya no es necesaria; hemos asimilado, y ahora estamos en el deber de crear. Esto no es rencor ni es petulancia: es lozanía y es generosidad. Inventaremos la forma según nuestro propio gusto, y crearemos vida universal, pero imprimiéndole el ritmo que está en nuestra alma. Lejos de volverse rencorosa al pasado, la flecha de Cuauhtémoc apunta generosa al porvenir y lo invoca para que se someta a las normas de su augusto sueño; un sueño aplazado y modificado, como se modifican ante la realidad todos los sueños; pero próximo a cumplirse, aún más glorioso y

alto que el más alto ensueño. La Historia ha dividido el continente americano en dos grandes razas ilustres que deben dar a la humanidad ejemplo de un desarrollo fraternal y fecundo. No somos como los norteamericanos, ni ellos como nosotros, y esta diferencia interesa al progreso del mundo, porque solo el concurso de las distintas aptitudes de los pueblos creadores podrá asentar las bases de una civilización integral y armoniosa.

Los norteamericanos han creado ya una civilización poderosa que ha traído beneficios al mundo. Los iberoamericanos nos hemos retrasado, acaso porque nuestro territorio es más vasto y nuestros problemas más complejos, acaso porque preparamos un tipo de vida realmente universal; pero, de todas maneras, nuestra hora ha sonado y hay que mantener vivo el sentimiento de nuestra comunidad en la desdicha o en la gloria, y es menester despojarnos de toda suerte de sumisión para mirar al mundo, como lo mira ese indio magnífico, sin arrogancia, pero con serenidad y grandeza; seguros de que el destino de pueblos y razas se encuentra en la mente divina, pero también en las manos de los hombres, y por eso, llenos de fe, levantamos a Cuauhtémoc como bandera y decimos a la raza ibérica de uno y otro confín: "Sé como el indio; llegó tu hora; sé tú misma".

La ceremonia que se verifica en estos instantes tiene, para nosotros, una conmovedora solemnidad. Somos algunos centenares de mexicanos, los primeros que jamás se hayan reunido en territorio del Brasil, y nos congregamos para hacer entrega de algo que es como un trozo del corazón mismo de la patria mexicana.

En las líneas de esta estatua han aprendido nuestros soldados, los soldados que ahí veis, esa su rigidez estoica, y en la flecha del indio aprenden nuestros poetas el volar audaz de sus sueños, y todo lo que de esa fuerza es nuestro, todo nuestro amor infinito lo ponemos ahora en el Brasil generoso, en el Brasil hermano, y en la misma voz y el mismo acento con que proclamamos

amor y lealtad por la patria del indio que aquí se queda, juramos, con un juramento solemne, amar al Brasil como una patria distante; pero también nuestra; juramos defender al Brasil, gozar en sus dichas y sufrir con sus penas y llevarlo siempre en el pecho, tal y como esta estatua se queda enclavada en el corazón del Brasil.

El Maestro, Tomo III, No. 3, enero de 1923, pp. 254-258.

Orientaciones del pensamiento en México*

Agradezco mucho al señor Rector sus palabras de presentación y voy a permitirme usar de la hospitalidad de ustedes para hablarles de asuntos que estoy seguro les interesarán, por lo menos por ellos mismos, pues así como nosotros en México a la llegada de un argentino no querríamos que nos hablara de cosas abstractas o de filosofías extrañas, sino de las cosas de Argentina, las que naturalmente nos interesan, de igual manera me imagino que ustedes tendrán más interés en escuchar de labios de un mexicano algunas observaciones sobre los problemas de México, que si yo trajera la pretensión de hablar de alguna filosofía de siglos pasados o de naciones extranjeras.

Por fortuna, atravesamos un momento de la historia del continente en que en todos nuestros países se define un nacionalismo vigoroso, pero que no se encierra dentro del concepto nacionalista en que nos organizamos hace un siglo, sino que busca expansión dentro del sentimiento de la raza española como si respondiera a una corriente que es ya universal y que tiende a romper los moldes de las naciones, acabando con el mal político de la nacionalidad para crear nuevos organismos sociales a base de raza y de lengua y no ya solo con base en tratados políticos o de consideraciones geográficas o comerciales.

Para explicar la situación de México, y especialmente en lo que se refiere a su pensamiento y la manera como está aplicando este pensamiento al problema social, necesitaré hacer algunas breves recordaciones de nuestro pasado, porque lo que caracteriza al movimiento actual de México es que no se trata de una tendencia teórica,

---

* Conferencia dada en el salón de actos de la Universidad por D. José Vasconcelos el día 5 de octubre de 1922.

de estudio; sucede que en México se ha descartado totalmente la ciencia teórica. Acabamos de atravesar por un período en que se vio la inutilidad de los estudios teóricos frente a las necesidades sociales. Cuando el pueblo de México clamaba por justicia, clamaba por su mejoramiento, las universidades y los sabios respondían, en nombre de la ciencia, que estaba condenado y que no tenía remedio porque era un pueblo indio, porque era una raza inferior y en nombre de todos los sabios de Europa y de todas las teorías de los genios lo condenaban eternamente, asegurándole que serían inútiles todos los esfuerzos porque su ángulo facial no tenía las medidas que los antropólogos europeos señalaban para las razas superiores del mundo.

El pueblo mexicano, indignado con estas infames respuestas de los sabios, acabó por barrer esa ciencia y poco a poco se ha ido creando una nueva, no hecha de inspiración y de ensayo sino de observación y lógica. Por eso decía yo que el pensamiento contemporáneo de México es un pensamiento de acción y un pensamiento que tiene aplicaciones inmediatas a la práctica. Atravesamos un período en que importa muy poco la tesis, lo que importa es el resultado de la tesis aplicado a la sociedad.

Como ustedes saben, nosotros, lo mismo que ustedes, fuimos creados dentro de una civilización que era la española, una civilización muy fuerte, muy poderosa, muy grande para su época, pese a la propaganda que llevan cien años de hacer nuestros enemigos condenando todo lo español. El siglo XVIII de México, por ejemplo, no ha sido superado todavía en su armonía, en su homogeneidad, en todo este continente. Pero correspondió a una organización económica caduca, una organización económica injusta y tenía que fracasar. Ustedes saben que el problema fundamental, lo que resuelve la evolución de la vida de los pueblos, es su organización económica. Para entender lo que era la educación en tiempo de los españoles y en los primeros años de la República, hay

que considerar cuál era la situación económica de las distintas clases que componían el país mexicano.

México estaba compuesto especialmente, como lo está todavía hoy, por un gran número de indios que eran siervos, por muchos millones de mestizos que eran burócratas, que eran empleados de segunda categoría de los ricos, y por una clase capitalista formada por los descendientes de los conquistadores españoles. Es claro que la raza de los siervos, la raza de los indios, no era ilustrada, ni podía producir tipos de selección, no porque sea inferior sino porque era pobre y para prosperar en este mundo se necesitan bienes materiales, lo elemental por lo menos para la vida, porque el que tiene por delante el problema de ganar duramente el sustento diario, el que vive encorvado con el arado doce horas diarias no tiene tiempo para desarrollar su mente. No es que su mente sea inferior; todas las mentes de todos los seres humanos son iguales; Dios ha hecho a todos iguales por más que digan los antropólogos; lo que viene a caracterizar a los hombres es el tiempo que pueden dedicar a las labores del espíritu, y ese tiempo lo marca su facilidad para ganar los bienes terrestres. Así nosotros encontramos siempre los dos extremos de la imbecilidad: la imbecilidad del hombre que por trabajar mucho no puede desarrollar su espíritu, que no tiene tiempo para ilustrarse y para pensar, y la imbecilidad del rico que por tener demasiados bienes materiales y dedicar toda su atención a eso, desarrolla su cuerpo, sus apetitos, sus deseos y nulifica su espíritu. De suerte que la tendencia de toda organización moderna debe ser acabar con esos dos extremos, el de la indigencia y el de la riqueza exagerada. Debe acabar con el trabajo excesivo de los de abajo y con el exceso de los de arriba para crear un término medio del hombre que dedique un poco de tiempo a la lucha por el sustento diario, pero la mayor parte del tiempo al cultivo del espíritu.

La educación que se daba en tiempo de la Colonia, naturalmente, no tenía en cuenta esta tendencia moderna

de organizar la vida para beneficio de todos los hombres; era una sociedad que se había organizado para beneficio de los conquistadores, para beneficio de una clase y por lo mismo producía tipos de selección, en su educación, que se convertían en aliados de la clase dominante. Cuando vino en México la revolución de la Reforma, esa gran revolución social que conmovió las bases de la organización mexicana, se creyó resuelto el problema porque se aseguró la libertad política, se garantizó la libertad del pensamiento, se separó a la Iglesia del Estado, se acabó para siempre con la influencia del clero en cuestiones políticas y sociales, se relegó la religión adonde debe estar, dentro de las puertas del templo, pero sin permitirle que entrase a la cátedra ni en el hogar ni en los recintos políticos. Pero se descuidó por falta de conocimientos el problema económico; se acabó con el poder económico de la Iglesia, se confiscaron los bienes de la Iglesia Católica, pero estos mismos bienes fueron poco a poco acaparados por negociantes que se aliaron con el poder civil para explotar a sus conciudadanos. Alrededor del general Díaz se formó una clase capitalista que llegó a acaparar toda la riqueza del país, que llegó a sustituir a la Iglesia como terrateniente, y esta clase acabó por desarrollar universidades y colegios de cierto lujo donde se creaban profesionistas y donde se creaban aliados de la misma clase capitalista, hombres que tienen por misión justificar el estado de opresión social en que las clases poderosas tienen a las clases humildes. Estos hombres encontraron un fácil apoyo en las doctrinas de la escuela positivista, que fueron introducidas en esa época tanto en México como en el Brasil y en toda la América Latina. El resumen, en lo social, de estas doctrinas era la tesis que ya apuntaba yo antes, de que conforme a las conclusiones de la ciencia no tenía remedio la desigualdad entre los hombres, especialmente en nuestro continente y más especialmente en México, donde una raza superior, los blancos, tenía que prevalecer constantemente sobre la raza inferior de

los indios. De suerte que estos hombres, por medio de sus periódicos, libros y cátedras, justificaban la tiranía y quitaban toda esperanza al país.

Por fortuna, sobrevino otra revolución, otra gran revolución, que tuvo lugar más o menos a los 40 años de la revolución del 57. Es aquí oportuno hacer notar cómo las revoluciones mexicanas, que tanto han servido para que nuestros enemigos, y los enemigos de la raza toda iberoamericana, nos calumnien; las revoluciones mexicanas generalmente, casi podría decir yo sin excepción, se caracterizan por el hecho de ser revoluciones sociales; no son revoluciones meramente políticas, no tratan de quitar a un hombre del poder para poner a otro sino que conmueven todas las bases de la organización social y transforman la organización política y económica del país.

La revolución que acaba de pasar en México tuvo por fin principal cambiar el régimen económico de la República. Es cierto que el grito de guerra era: "¡Muera Porfirio Díaz!" porque Porfirio Díaz era el dictador, y "Mueran los científicos" porque los científicos eran el grupo de hombres que se había enriquecido a la sombra de Porfirio Díaz, y se les llamaba los científicos porque ellos aseguraban en nombre de su ciencia que su poderío, sus privilegios y sus abusos eran legítimos, conforme a la ciencia que predica la supervivencia de los más aptos y el triunfo del fuerte sobre el débil. De esa manera el pueblo condensó la doctrina en un epíteto que llegó a hacerse insultante y despectivo, el epíteto de "científicos".

Esta observación, este dato es importante para que ustedes se den cuenta de las causas que ha habido para que las universidades en México, y en general los institutos de alta cultura, caigan en tal desprestigio, porque el pueblo se dio cuenta de que en el recinto de esos establecimientos no se trabajaba para él, no se trabajaba para el beneficio de los hombres, no se buscaban desinteresadamente doctrinas capaces de salvar al hombre del dolor, sino que se elaboraban teorías pedantes y cómodas para

defender el poderío de los fuertes y de los ricos. Actualmente, a causa de esa misma situación, en México no se cree más que en las doctrinas que tienen efectos buenos para la comunidad. Puede presentarse, con todos los títulos de sabiduría y autoridad, la doctrina más ilustre que se suponga, pero si esa doctrina, sujeta al fiel de sus resultados en la práctica, no establece que mediante su aplicación mejorará la condición social de los hombres, entonces declararemos en nombre de la ciencia humana y en nombre de la moral, que está por encima de todas las ciencias y de todas las lógicas, declararemos que esa doctrina y esa ciencia están equivocadas. Para nosotros el fiel de la verdad es el beneficio social que un principio y una teoría pueden producir. Ese es el único criterio que usamos, el criterio superior de la moral humana y del bien del mayor número. Todo lo demás nos parece una cosa despreciable y sin duda equivocada, pero no nos tomamos el trabajo de estudiar donde está la equivocación sino que la rechazamos llanamente porque no tenemos tiempo de discutir. Estamos en épocas de obrar, y nosotros acogemos la teoría más generosa, entendiendo así la que se conforme a un criterio superior al criterio de gabinete, porque la generosidad debe coincidir con lo verdadero; por eso cuando una doctrina no es generosa, no creemos que sea verdadera.

Derrotada de esa manera la tesis, derrotada primero la tesis religiosa, conforme a la cual había organizado la educación el conquistador español, derrotada enseguida la tesis científica, conforme a la cual se organizó la educación bajo la dictadura porfirista, llegamos a la época presente y nos propusimos el problema de organizar otra vez sobre bases firmes todo el sistema de la educación nacional. Y como sabemos que la verdad, sobre todo en esas expresiones teóricas, es una cosa sumamente discutible y no nos creemos poseídos de ninguna panacea para resolver lógicamente los problemas sociales, acudimos a este simple criterio de sentido común: nos preguntamos

cuál es el propósito del Estado al fundar escuelas y tomar a su cargo el problema educativo. Y nos respondimos con una fórmula enteramente elemental, enteramente sencilla: relacionando los defectos generales de nuestra educación llegamos a la conclusión de que el principal defecto de esa educación era que producía hombres incapaces de crear riqueza, producía consumidores de riqueza, producía abogados que viven como aliados del rico en su explotación y en sus negocios, producía médicos que viven también del trabajo ajeno, en general producía hombres que no aumentaban la riqueza del globo sino que la consumían, y entonces nos propusimos organizar la educación de manera que ella aumentara la capacidad de producción de cada uno de los ciudadanos de la República de México.

No pretendemos crear sabios ni producir genios. Creemos que el genio se produce solo, sin necesidad del fomento del Estado, y creemos que es deber del Estado, al contrario, difundir los elementos de la ciencia que son indispensables para que cada ciudadano sea capaz de asistirse a sí mismo, sea más capaz de arrancar al globo la riqueza que baste a sus necesidades y a las necesidades sociales. De manera que nos propusimos crear productores y suprimir consumidores.

Ese es el criterio general de la organización de la educación pública que hemos adoptado en estos últimos tiempos. Con este objeto dedicó el gobierno su atención especialmente a la difusión de la escuela primaria. La ley de enseñanza obligatoria se había promulgado en México desde hace 40 o 50 años, pero resultaba, como con casi todas las leyes de los gobiernos que no se preocupan seriamente de los problemas sociales, que era una ley un poco irónica, porque se les obligaba a ir a las escuelas pero no se les daba escuelas, no había escuelas fuera de las ciudades pobladas, de las capitales de estado y de la capital de la República. En las aldeas, en las rancherías, en las haciendas –y la población de México vive una vida

muy dispersa, porque es principalmente agrícola– en todas estas lejanías no había ningún género de escuela y el gobierno anterior, el gobierno del General Díaz, en los últimos tiempos, cuando dispuso de más dinero, se había ocupado de desarrollar la alta cultura en las ciudades, consecuente con la política de crear "élites" modernas.

De manera que teníamos que seguir una tendencia inversa. Nosotros no tenemos tiempo para crear las "élites", pero sí tenemos el deber de ir a buscar a todos los hombres nacidos en México para darles la oportunidad de la educación. De esta manera, la mayor parte de los recursos del gobierno se destinaron, y siguen destinándose, a la difusión de las escuelas en todas las formas posibles. En los lugares donde se puede fundar una escuela, se abre; cuando no bastan los recursos para fundar una escuela se envía un maestro ambulante o misionero que se radica 6 u 8 meses en una región. Para esto nos han dado muy buen resultado, especialmente, las maestras, porque tienen más vocación apostólica, porque se resignan más fácilmente a la vida del campo, a la vida rústica y porque son más abnegadas. Generalmente, enviamos a las maestras más distinguidas, no el desecho de las maestras, como se hacía antes. A las mejores maestras se les aumenta el sueldo, se les da menciones honoríficas y se les convence que deben ir, no a solazarse a las escuelas grandes, sino a las rancherías a enseñar a los indios a leer y escribir y hasta las buenas costumbres sociales de urbanidad, orden e higiene. Todo esto lo hacen por lo común las maestras normalistas. Recorren los poblados, reúnen datos estadísticos sobre población, sobre necesidades de la región, y estos datos sirven de base después para la fundación de escuelas. Nos informamos de esa manera qué puntos tienen más población escolar, necesitan una escuela y en qué lugares el vecindario está en condiciones de colaborar con nosotros en la fundación de una escuela. En muchas ocasiones lo más común ha sido que la población dé el edificio y garantice por ejemplo el dinero nece-

sario para comprar bancos y útiles, y el gobierno federal paga el sueldo del maestro, y de esa manera, con solo el gasto de un maestro de escuela, hemos llegado a fundar una escuela en cada pueblo. Este trabajo se desarrolla por todo el país y lo completamos con la creación de los institutos técnicos, que son una variedad de las antiguas escuelas de artes y oficios, pero más especializadas ya en la cuestión industrial y agrícola moderna.

Conforme a las especialidades de cada región, se envían maestros especiales, maestros de industrias, para que eduquen a los que ya han pasado por la escuela primaria en determinados oficios. En vez de abrir liceos, en vez de crear facultades de letras, en vez de hacer nuevas fábricas de abogados y médicos, compramos maquinaria y establecemos escuelas de mecánica, electricidad e industrias químicas. El resultado de esta nueva orientación ha sido tan elocuente que, por ejemplo, en la ciudad de México, donde la facultad de abogados llegó a tener una inscripción de cerca de 400 alumnos, hoy la escuela de abogados tiene una inscripción de 200 y en cambio en una escuela de industrias químicas, fundada según el modelo de las escuelas semejantes de Alemania, la inscripción que en los primeros seis meses de la escuela fue de 40 llega hoy a cerca de 600 alumnos. Hay dos clases de categorías: categorías cortas y categorías completas, de uno y dos años para jaboneros, curtidores, y la categoría de químico industrial que es una verdadera carrera universitaria y abarca 6 años.

De esa manera hemos logrado ir descongestionando las escuelas fiscales para realizar el propósito fundamental de nuestra educación que es, como decía, crear productores y suprimir consumidores. Pero como no basta la escuela para la obra de la civilización de un país y como en México padeciésemos el mal de que había pocos libros, y de que hay todavía muy pocos libros, y como nuestra misma raza ha venido padeciendo durante un siglo el mal de leer libros en francés o inglés, pero muy

pocos en español, casi en el mismo español hay pocas producciones, sobre todo de lo moderno; y como todo esto ha traído el mal hábito de leer en idiomas que no son el nuestro, nos propusimos volver al españolismo mexicano. Teníamos el problema de la expulsión del libro en inglés, estábamos invadidos por el libro en inglés. La gente un poco culta tenía bibliotecas en inglés. Esto se debía en gran parte a la dificultad para conseguir libros en español. Entonces se creó una casa editora que ha comenzado a hacer publicaciones, ediciones de libros clásicos de todo el mundo en idioma español y los vende a precio de costo, dedicándolos a universidades, instituciones científicas, escuelas, etc. De esta manera hemos desarrollado la lucha contra el idioma extranjero que era el mayor peligro contra nuestro mismo nacionalismo, contra nuestro mismo espíritu nacional. Junto con la edición de estos libros se fundó un departamento de bibliotecas para difundir la lectura en todo el país, creando, no grandes establecimientos, sino pequeñas bibliotecas, colecciones de 100 a 500 libros escogidos de manera que aun en la colección más pequeña estén los libros más fundamentales de la humanidad, de toda clase de asuntos; y estas colecciones se ponían en sitios que generalmente alquilábamos porque no hemos tenido todavía el dinero para los edificios. Y en cada pueblo de la república puede decirse que hay ya un pequeño salón de lectura. Para las regiones donde no se puede establecer un salón de lectura permanente, se han hecho colecciones de 50 a 100 ejemplares de bibliotecas circulantes que recorren el país y que están arregladas de manera que puedan ser cargadas por una mula, puesto que las regiones más apartadas no las podemos alcanzar por ferrocarril.

La labor de la Secretaría de Educación Pública se ha completado con la creación de un tercer departamento, el de Bellas Artes. De manera que tiene tres departamentos: Escolar, Bibliotecas y Bellas Artes. El Departamento de Bellas Artes, como su nombre lo indica, tiene a su car-

go la educación artística del pueblo. La primera innovación que se hizo fue quitarle a los maestros normales la enseñanza del dibujo y de la música. Era común en nuestras escuelas que la maestra, después de dar su clase de materias generales, después de enseñar la gramática y la geografía, ensayase y dirigiese el coro de los niños, y después los pusiese a dibujar y les corrigiese sus dibujos, dirigiendo luego sus ejercicios gimnásticos. Esto, a primera vista, a cualquiera le resulta absurdo porque es suponer en una maestra un enciclopedismo que no puede alcanzar, y el resultado era el que todos vemos y el que todos hemos visto en determinadas escuelas: lo malo de los cantos escolares, lo pésimo del sistema de la enseñanza del dibujo y lo ineficiente de la gimnasia escolar. Entonces, para remediar este mal y venciendo la oposición de los estudiantes y de los profesores normalistas, se dispuso que las cátedras de música, de gimnasia y de dibujo no las dictaran maestros normalistas, sino maestros salidos de nuestra Academia Nacional de Bellas Artes, maestros de dibujo, artistas del Conservatorio Nacional de Música, es decir, que la música la enseñarían los músicos, el dibujo los dibujantes y los ejercicios físicos los atletas. Los pedagogos me dijeron que aquello era muy grave, que rompía la unidad de la escuela, porque la intromisión de todo este sinnúmero de profesores rompía el horario y destruía la disciplina escolar, y que, por otra parte, el músico o el dibujante podría ser muy buen músico o dibujante pero no habiendo estudiado pedagogía no podía enseñar, porque desconocía la metodología de la enseñanza del dibujo o de la música.

Cuando a mí me abruman con uno de esos problemas científicos, generalmente recurro a lo que todo ignorante, al sentido común, y les dije que prefería la música a la metodología de la música y el dibujo a la metodología del dibujo y no teníamos más remedio que hacer aquel ensayo. Por fortuna, los resultados han sido tan notables que ya nadie discute el procedimiento, y ha sido aceptado,

dependiendo del Departamento de Bellas Artes, y no de la dirección escolar, los profesores de música y dibujo. Y aquella unidad de que hablaban los pedagogos, aquella unidad que no encuentran en la escuela, los hechos nos han demostrado que ha ido a refugiarse a la conciencia del alumno porque es el alumno el que establece en su propia mente la unidad de todas las enseñanzas que recibe; y en cuanto al orden y a la disciplina de la escuela bastaba con un director con sentido común que organice el horario conveniente.

Pero como nuestra organización efectiva ha nacido de la vida de las masas, porque ha sido un movimiento popular, un movimiento nacional, no es la obra de ninguna "élite" ni de un grupo de hombres; es una obra inspirada por el país entero, de suerte que no hemos nacido del gabinete o de la cátedra sino que venimos de la aspiración popular, estamos íntimamente ligados con las necesidades del pueblo, con las necesidades del obrero y trabajamos tanto con el obrero como con el estudiante. Tanta importancia ha cobrado entre nosotros lo que antiguamente se llamaba la extensión universitaria, que ya, propiamente, es algo más que extensión universitaria, es la universidad en acción en todo el país. Se ha desarrollado tanto la intervención obrera que casi la labor más importante que hace la Secretaría de Instrucción Pública en estos instantes es la de las escuelas nocturnas; pero no solo enseñan a los obreros a leer y a escribir, sino que poco a poco se han ido aumentando las cátedras en estas últimas, y se dan enseñanzas de geometría, mecánica, etc. Cada día crecen esas escuelas y, a medida que la Universidad se reduce, las escuelas industriales y técnicas se multiplican e intensifican su labor.

En estas academias nocturnas también intervienen el Departamento de Bibliotecas y el de Bellas Artes, porque al obrero, al hombre que asiste a las escuelas nocturnas se le dan libros y se le educa en la música y en el dibujo, según sus capacidades. En la ciudad de México, por ejem-

plo, que es una ciudad con 700 a 800 mil habitantes con sus alrededores, se ha logrado fundar 20 orfeones, uno en cada barrio, compuestos de mil voces. Ya han cantado alguna vez juntos 20 mil obreros; se ha obligado a los dueños de teatro y de salas de cinematógrafos a que den gratuitamente sus locales la mañana del domingo, y se organiza un programa en el que toman parte los mismos obreros, con su orfeón; las escuelas colaboran también con algún coro y algún baile, y se les da una conferencia. Los profesores y estudiantes se turnan para dar conferencias a los obreros sobre asuntos sociales de interés inmediato. Se les habla de cómo se organiza una cooperativa, qué es un sindicato, se les explica la historia de México, no encarada desde un punto de vista político, como antes se acostumbraba, sino desde un punto de vista económico y con vistas al momento presente.

Toda esta labor se desarrolla no solo en la Ciudad de México, sino en todas las capitales de los estados y en las ciudades de más población. Y en la educación artística, por ejemplo, es donde más encuentra el mejor vehículo para imprimir a esa educación el carácter espiritual que tiene, porque si al principio dijimos que nos fundábamos en el deseo de crear productores y suprimir consumidores, esto es, naturalmente, en lo que atañe a la vida práctica del hombre. Pero no bastaría, porque quedaría la educación sin cabeza, sin una mira superior a la satisfacción de las necesidades ordinarias del hombre, y entonces nos interesamos mucho en buscar la tendencia que debía tener la educación estética, que es la que más directamente va dirigida a moldear el espíritu de las gentes. Pero nos encontrábamos en un período de discusión de todos los ideales, un período de discusión aun del patriotismo, que es uno de los ideales más enraizados en todos los hombres, y tuvimos que pensar la manera de imprimirle un sello a esa educación. La primera tendencia que impusimos fue un nacionalismo en la enseñanza del dibujo y de la música; exigimos, por ejemplo, que en las escuelas pri-

marias y en los orfeones de obreros se dé la preferencia a los cantos nacionales, al folclore del país. México es muy rico en melodías populares, en canciones nacionales; pero en la época del porfirismo habíamos llegado, como toda la América entonces, a tal grado de servilismo con los europeos que nos avergonzábamos de nuestras canciones y no nos atrevíamos a bailar en una escuela el baile popular de México, el jarabe (es un baile parecido a la cueca de los chilenos y al pericón de los argentinos); nadie se atrevía a poner eso en una escuela. En cambio, se les ponía a nuestros pobres indios pelucas blancas y bailaban minuetos de la Corte de Luis XIV, ridículos. De manera que la obra que hicimos fue expulsar lo que no podía aliarse con nosotros de una manera natural, y volver a los fondos naturales de la inspiración popular de la raza e introdujimos los cantares y bailes populares y nacionales en las escuelas y entre los obreros.

La alta sociedad debe haber visto con escándalo estas cosas; pero yo solo les daré a ustedes este dato: como al año que hacíamos nosotros ese movimiento ya en los salones de México se bailaba el jarabe y procuraban las señoritas imitar a los obreros, porque la dirección espiritual la tienen en México los humildes. Este nacionalismo, que es una de las manifestaciones de la necesidad que se ha sentido en México de sacudir el yugo del pensamiento europeo, se ha ido manifestando no solo en el arte, en la música, en el dibujo, sino en todas las manifestaciones de la vida social.

Por fortuna, en los últimos años, Europa nos trató tan mal –y al decir Europa incluyo a los Estados Unidos, hablo de todo lo que no es la raza iberoamericana– nos calumniaron tanto, nos llamaron bárbaros porque no les queríamos dar, como dicen, regaladas las riquezas del país, porque en resumen ese es el fondo de la situación, que el pueblo instintivamente se fue resignando al calificativo de barbarie y ya no le fue importando lo que se pensara de nosotros fuera de México. Sí le importa

mucho a México lo que se piensa de él en la América del Sur y en los países de su raza. Y nosotros fuimos saliendo de esa manera, sin quererlo, sin sentirlo, impensadamente, del vasallaje europeo en que han vivido estos pueblos durante cien años y hemos creado todas nuestras organizaciones, escuelas y manifestaciones de pensamiento, con una independencia bastante marcada de los derroteros que antes nos imponía el extranjero.

Esto no quiere decir que yo crea que nosotros tenemos elementos para desarrollar desde ya una civilización propia. Es claro que todavía, durante muchos años, tendremos que traer de Europa y Estados Unidos la maquinaria, todo lo que es organización material de la sociedad; pero yo reclamo que ya es necesario que, en materia de pensamiento, aprendamos a pensar sin tener en cuenta la opinión extranjera y al libro que acaba de llegar de las prensas de Europa, y en México, por lo menos, esto se ha verificado ya de una manera completa. Debo hacer constar que en el Brasil me he encontrado con una tendencia idéntica; el Brasil es un país que no tiene ninguna comunicación con México, y tengo entendido que en la Argentina se define ya una fuerte corriente en ese sentido, en el deseo de sacudir el yugo literario y el yugo filosófico de los países más avanzados y de comenzar, diremos, una vida que, aunque más modesta, sea propia y nacional, pero no nacional exclusiva de la Argentina o exclusiva de México, sino nacional en el sentido más amplio, nacional hispanoamericana o iberoamericana, para dejar comprendidos en la tendencia a los brasileros que forzosamente tienen que trabajar con nosotros en este movimiento y que por fortuna están muy deseosos de hacerlo.

Para lograr que este ideal social que inculcamos en la educación mexicana no sea desmentido, para lograr que sea una verdad lo que decimos a los niños en las escuelas, en México; para que no se encuentren en el día de mañana con que no es cierto lo que les explicamos: que nosotros en este continente no solo somos mexicanos, sino

que además tenemos otro poder, somos hispanoamericanos, es necesario que en todos los países del continente se produzca un movimiento paralelo en el mismo sentido, con la misma orientación. Y entre otros muchos obstáculos que hay para crear este ideal en todas las consciencias, encuentro el del nacionalismo exagerado. Casi todos nuestros países viven enfermos de un patriotismo morboso. Por fortuna la Argentina tiene un patriotismo que, si es acentuado, siempre tiene manifestaciones generosas porque la Argentina no tiene cuestiones pendientes, graves por lo menos, con ninguno de sus vecinos. Por desgracia hay entre nuestros pueblos, países que tienen serias cuestiones de límites, serias cuestiones con sus vecinos, y allí el patriotismo toma formas agresivas y formas destructoras del ideal latinoamericano. Por eso yo creo que toca a países como México, que afortunadamente no tiene ni ha tenido nunca cuestiones con Guatemala, porque si mañana quiere tierras Guatemala se las damos, porque son tanto de ella como nuestras, y toca también a países como la Argentina que han sido generosos con sus vecinos más débiles, como en la guerra del Paraguay; toca a nosotros, pues, definir claramente el problema y destruir un poco en nuestras conciencias el concepto estrecho del patriotismo nacional.

Yo considero que el patriotismo nacional corresponde al período burgués de la civilización. Son organizaciones políticas formadas para defender intereses materiales en la mayor parte de los casos; todos los economistas están de acuerdo en que el fenómeno de la repartición de estos países en nacionalidades, cuando se separaron de España, obedeció a razones económicas y geográficas. Pero las razones económicas y geográficas son razones inferiores a las espirituales. Ya Bolívar dijo, adelantándose a todas las objeciones, que la ciencia y la geografía iban a oponerse durante un siglo a la unión estos países, ya el gran genio, superior al criterio de los hombres de ciencia y prácticos, dijo (no recuerdo exactamente las palabras) que si la natu-

raleza se oponía lucharemos contra ella y la venceremos porque esa es la misión del espíritu, reformar la rutina, transformar el medio, modificar las condiciones morales de la vida humana. Por eso es condenable la tesis científica que quiere que el hombre sea un producto del medio y del ambiente; no señor: debe cambiar el medio y poner su ideal por encima de las condiciones terrestres de la vida.

Es necesario, pues, considerar el nacionalismo en su origen. Ese nacionalismo corresponde al criterio estrecho económico geográfico, conforme al cual se fraccionaron estos países a raíz de la guerra de independencia.

Yo debo ser enteramente claro con ustedes; debo decirles todo lo que pienso en la única oportunidad que tengo, porque es muy breve mi estadía aquí. Yo creo que en el fraccionamiento de estos países influyó mucho la intriga consciente o inconsciente, casi seguramente consciente, de Inglaterra. Inglaterra siempre tuvo agentes al lado de los libertadores de estos países, y como Inglaterra al ayudarnos a nosotros para conquistar nuestra independencia buscaba, como siempre buscó, y es hasta legítimo que lo busque, el beneficio de su propia raza, de su propia nacionalidad, a Inglaterra le convenía mucho la separación de las colonias de España porque de esa manera destruía a España, que era ya el enemigo secular contra el que luchaba sin éxito, que había ganado un mundo en sus narices y le había condenado al papel de pirata porque no sabía conquistar reinos, pero sí vivía de los despojos quitados a los navíos. De manera que descontenta Inglaterra de la situación miserable en que se encontraba entonces, halló muy cómoda la separación de las colonias españolas de la madre patria; pero su triunfo no hubiera sido completo si en estos países se hubiera conservado lo que ella combatió, la conciencia de la raza. Le resultó muy benéfico que nosotros, olvidándonos del concepto de raza, cayéramos en el concepto meramente político de la nacionalidad, nos fraccionáramos y, en muchos casos, hasta comenzáramos a pelear unos contra otros.

De todas maneras el fenómeno ya se produjo. Durante cien años hemos pagado las consecuencias de ese fraccionamiento, tiempo que no habrá significado nada en la vida del mundo. Hemos sido notoriamente países inferiores, atrasados, países de imitación, países que no crean cultura sino que la copian. Todo esto es consecuencia de nuestro fraccionamiento en pequeñas nacionalidades. ¿Cómo puede nadie seguir adherido en serio al concepto de nacionalidad cuando en estos momentos se debaten en el mundo problemas universales merced a los cuales el mismo concepto de raza, que es más vasto, nos va apareciendo estrecho? Se necesita pues que reaccionemos dentro de nosotros mismos y que nos hagamos la reflexión que nos hicimos para constituir las nacionalidades; por ejemplo, en el período en que todavía no estaba bien hecha la nacionalidad argentina había divisiones entre las provincias como las hubo en México. En México, por ejemplo, teníamos el provincionalismo que era mucho más vasto, casi un nacionalismo de los hombres instruidos, y se sentía el orgullo de la "patria chica", de la ciudad, de la provincia en que se había nacido. Las guerras y los cambios de conceptos del mundo han borrado en México esta diferencia; nadie se acuerda actualmente en México en qué ciudad de la República nació, todos somos mexicanos. De igual manera, es necesario que los países de este continente vayan creando un concepto del patriotismo que reduzca el orgullo nacional en la misma proporción en que nosotros redujimos el orgullo provinciano, y que cada día todo argentino o mexicano, y principalmente los miembros de los países más fuertes de América, den el ejemplo de irse sintiendo menos argentinos, menos mexicanos y más hispanoamericanos, más identificados con el interés común de la raza que con los problemas nacionales, que, naturalmente, no deben ser descuidados porque toca a estos ser resueltos en primer lugar, aunque no deben ser tomados con una pasión exclusiva, exclusivismo que nos distraería de la obra supe-

rior de la organización de estos pueblos por razas, para que puedan significar algo en la vida del mundo.

Es claro que la tendencia definitiva de la organización social es hacia ese internacionalismo a que nos llevará fatalmente el progreso de los hombres; pero mientras no lleguemos al internacionalismo verdadero, fundado en el poderío igual de todas las gentes, si descuidamos el sentimiento de raza nos encontraremos en una situación de debilidad frente a los pueblos que sí lo cultivan. Nosotros vivimos, como todo el mundo, enfrente de una raza poderosa, organizada a la perfección, consciente de su misión histórica y dueña del planeta: la raza anglosajona. Yo no predico el odio; todo lo contrario, debemos admirarla; ha realizado conquistas inmensas, y, precisamente, una de sus fuerzas, una de las causas de ese poderío es que ella conserva vivo el sentimiento de raza, y pone siempre el sentimiento de raza por encima de todos los demás problemas. En cambio nos lo censura a nosotros y se suele burlar de nuestros propósitos de unión hispanoamericana; pero es en ella donde debemos ver nosotros la fuerza que da a un pueblo el sentimiento de raza.

Es claro que después del tratado de Versalles, y aún en el mismo tratado de Versalles, resultaba muy cómodo para los países fuertes hacernos pedazos a todos nosotros, porque de esa manera no contamos nada; pero nos toca imitar a los pueblos que han llegado a la grandeza, siguiendo sus métodos, y uno de los secretos es ese: el fomento, la conciencia del sentimiento de la raza.

Para hacer firme ese sentimiento de la raza, insinuaba yo antes, se necesita provocar el cambio, el mejoramiento en la organización social, porque el nacionalismo corresponde a la organización injusta de la sociedad en opresores y oprimidos. El nacionalismo resulta muy cómodo para la aristocracia, para la clase poderosa de un país, porque le garantiza dentro de cierto territorio un predominio fuerte, y el grupo dominante del otro país se encuentra en condiciones cómodas. Cuando hay conflicto

entre los intereses de dos pueblos, entonces se utiliza a la población oprimida que no tiene ninguna ventaja, que no saca ningún provecho de aquel patriotismo, se le utiliza para ir a defender los intereses de los dos grupos opresores. En realidad, el mundo moderno no ha hecho más que sustituir las monarquías por grupos poderosos que siguen teniendo un predominio y un privilegio sobre las masas de la población. Esta estructura es muy cómoda dentro del nacionalismo; pero a medida que esta situación se transforma en todo el mundo, a medida que las masas, por su educación, van conquistando derechos, y el valor del hombre se va haciendo más fuerte ante la comunidad, es natural que se vaya modificando el concepto social del nacionalismo y del patriotismo, de suerte que el movimiento por la intensificación del sentimiento de la raza tiene que acentuarse a medida que una sociedad dé mayor bienestar a la mayoría de su población.

De esta manera, de una manera natural, el desarrollo económico va produciendo la nueva organización de los pueblos por razas y enseguida traerá la buena inteligencia entre todas las razas, cuando desaparezcan las causas de los conflictos económicos, cuando se organice el mundo de manera que se pueda suprimir hasta donde sea posible las guerras, que generalmente tienen como causa codicias económicas. En el orden del espíritu no hay conflictos entre los hombres. Para los intereses espirituales del mundo es bueno, es interesante que haya la raza sajona, la raza española, la raza germánica, porque las tres, por sus distintas capacidades, por sus distintas aptitudes enriquecen el acervo común de la comunidad; son útiles para el progreso, cada una trae una invención nueva, un aporte nuevo para el espíritu.

Es en el orden económico donde se desarrollan los conflictos, y mientras subsista la organización social que nos rige tendrán que subsistir las guerras, porque si alguna vez llega el mundo a la paz será por la transformación de su régimen económico. Mientras no se pueda lograr

esta organización fuerte de todas las razas y la armonía universal, es elemental que nos organicemos por razas, porque si nosotros introdujésemos en nuestros países bruscamente el internacionalismo que predican algunas escuelas socialistas avanzadas, como este fenómeno no sería universal, sino que estaría por el momento limitado a nosotros, solo serviría para que nosotros nos debilitáramos. Resultaría así que todas las razas que ya son más fuertes seguirían teniendo sobre nosotros las ventajas de la cohesión para seguirnos dominando y para seguirnos conservando en el papel de vasallos, en el que, hay que repetirlo y verlo bien, hemos vivido y seguimos viviendo.

Es necesario, pues, reaccionar contra todo esto y aprovechar este segundo siglo que apenas comienza de la vida espiritual, de la vida libre de estas naciones, para ir creando la conciencia de la independencia espiritual, para realizar la emancipación espiritual.

Es claro que los hombres de hoy no veremos realizadas estas cosas que tantas resistencias encuentran en todo el mundo, aún dentro del terreno de la teoría, pero necesitamos esclarecernos, siquiera para abrir el paso a la generación que llega, que ya estará probablemente en condiciones de poner en práctica todo esto. Es claro que se debe advertir que no predicamos la formación de un gran imperio poderoso y agresivo, en el cual se fundieran las nacionalidades de Hispanoamérica; esos tiempos, por fortuna, han pasado. Las naciones de América serán tan libres como lo son hoy dentro del consorcio latinoamericano; pero sí es indispensable que se rompan entre nosotros barreras que tarde o temprano tendrán que romperse entre todos los países del mundo. Por ejemplo, es absurdo que haya aduanas entre los países de América Latina; resulta inexplicable y triste para toda la intelectualidad de este siglo, que ha sido capaz de hacer ensayos de derecho internacional sobre las relaciones de los pueblos en el universo, y que ha sido capaz de escribir libros y tesis sobre el derecho de los romanos y godos, que no

se le haya ocurrido referirse a sus países, en forma que puedan aumentar su desarrollo económico, suprimiendo, por ejemplo, las aduanas entre nosotros.

Tienen derecho al desprecio de estas razas los que ven que llevamos un siglo de estar comentando a Europa, hablando de Europa, preocupándonos de lo que hacen los políticos de Francia e Inglaterra; pero no se nos ocurre poner los medios para resolver un problema elemental como es, por ejemplo, la supresión de las aduanas. Nos suena a algo raro la enunciación misma de la tesis; sin embargo, tenemos el ejemplo de un país que se formó de esa manera, todos conocemos el ejemplo, pero a nadie se le ocurre aplicarlo a nuestros países. Y cuando esto se ha dicho, todo el mundo alza los hombros, lo lee con curiosidad, porque tenemos la preocupación, la manía de lo europeo, el afán de resolverlo todo como se resuelve allá, y teniendo en cuenta las autoridades de allá no queremos ver lo que está delante de nuestros ojos.

Estos errores, que no lograremos ya corregir nosotros, tendrán que ser corregidos por la generación que sigue, porque en estos tiempos el mundo ya no progresa por siglos, sino por décadas. Todo el trabajo social está ahora acelerado, y la única recomendación que yo quiero hacer a los estudiantes de Córdoba que han sido directores, que han sido líderes de un ilustre movimiento por la liberación del pensamiento en la Argentina, que tantos esfuerzos han hecho para sacudirse del yugo de las ideas viejas, es, así que conquisten el poder, como indudablemente lo conquistarán porque el poder pertenece a los fuertes, es una cosa que va fatalmente a los caracteres firmes y que tienen una orientación definida; así que conquisten el poder en la Argentina, no olviden todas estas tesis que hoy andan en las revistas y en las mentes de todos, no las releguen a segundo término como cosas curiosas sino que se comprometan con ellos mismos a ponerlas en práctica, máxime cuando por fortuna el movimiento argentino es secundado por el movimiento chileno, brasilero, mexi-

cano, etc., y en todos nuestros pueblos está latente la necesidad de hacer, por fin, todas estas cosas que llevan un siglo de experimentos, para realizar una unión racional de los países latinoamericanos, una unión en que nadie sacrifique soberanías; pero en que sí se gane siquiera la facultad de obrar siempre de acuerdo en las cuestiones internacionales, de manera que las cuestiones que afecten a un país sean consideradas como asunto propio por todos los demás, de modo que no se pueda lastimar la soberanía de Centroamérica sin lastimar también la soberanía de Sudamérica. Los políticos y hombres dirigentes deben comprender que no basta con ser buen argentino o buen chileno sino que es preciso ser buen latinoamericano.

Nosotros no lo haremos. Estoy seguro que los jóvenes argentinos, esta juventud revolucionara cordobesa, es la que realizará todas estas cosas elementales de que ahora hablamos como si fueran sueños, pero que son fundamentales para la persistencia de una raza como un valor en el mundo.

Orientaciones del pensamiento en Méjico,
Organización Universitaria de Córdoba,
Est. Gráfico A. Biffignadi, 9 de julio, 56 al 60, 1922, 43 pp.

Discurso en Chile*

Señor Decano:
El honor que se ha servido conferirme la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes me complace profundamente, porque viene de una Universidad ilustre y de una Universidad latinoamericana. Yo soy de los que creen que el sentimiento de patria es demasiado pequeño para los corazones libres y pongo mi fe en un internacionalismo sincero y total que abarque a todos los hombres y todavía más, a todos los sitios de la tierra, las montañas y los mares, los ríos y los árboles y las obras todas de la divina Creación. Pero por lo mismo que aspiro al internacionalismo absoluto y a la libertad verdadera, creo que las razas tienen el derecho de organizarse social y políticamente conforme a sus simpatías y sus gustos y creo que ese derecho es un mandato de la potencia divina, que de esa manera nos lleva a producir la maravilla de las culturas originales que aumentan el valor espiritual del mundo. Creo que la nacionalidad es una forma caduca, y por encima de las patrias de hoy, cuyos emblemas ya casi no mueven mi pecho, veo aparecer las banderas nuevas de las federaciones étnicas que han de colaborar en el porvenir del mundo. Veo la bandera iberoamericana flotando una misma en el Brasil y en México, en el Perú y la Argentina, en Chile y el Ecuador, y me siento en esta Universidad de Santiago tan cargado de responsabilidades con el presente como si aquí mismo hubiera pasado

* Cabe señalar que este documento fue publicado el mismo año de su elaboración, en el *Diario Ilustrado* de Santiago (1 de noviembre 1922), bajo el nombre "Discurso de recepción como miembro de la Facultad de Humanidades (de Santiago de Chile)", según se anota en la bibliografía de *Los años del águila* (1989). Sin embargo, en *Ideario de acción* (1924), el texto aparece simplemente como "Discurso en Chile". Por otra parte, en *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925) se inserta, previa contextualización, sin título.

todos mis años. Solo unos instantes tomaré asiento entre vosotros; pero los problemas que aquí se debaten serán siempre míos, y las soluciones que aquí se conquisten encontrarán un eco fervoroso en mi alma.

Me refiero a las soluciones del problema humano, que es tan sencillo para la mente, tan fácil para la acción iluminada, y, sin embargo, tan doloroso, tan aterradoramente obscuro en la realidad de la vida cotidiana.

Tomo asiento entre ustedes, y al hacerlo pienso que deberíamos ser los depositarios de la luz, y como la he visto radiar clara y brillante, renuevo mis votos de difundirla sin contemplaciones, y me digo: no olvides tú, profesor de humanidades, lo que sabe cualquier corazón sencillo: el derecho de todos los hombres a la dicha y el deber que tienen los depositarios de la luz de encenderla y de decir a los que vacilan: la justicia debe ser y es de este mundo, y sin pensar en teorías que toda cosa simple vuelven confusa, di a los hombres: no discutáis, corregid la injusticia.* La ciencia tiene por objeto mejorar la condición social de los hombres; las Universidades las paga el Estado con el dinero, con el trabajo de los pobres, y primero que otra cosa alguna deben enseñar a los hombres su condición económica individual y a romper las desigualdades injustas. Romper el privilegio, romper la casta; estudiar los métodos por los cuales se logre dar la tierra a quien la labre y el pan a quien lo trabaja; ese es el objeto primordial de la filosofía económica moderna

* Como se aprecia en esta versión del discurso, publicada como parte del *Ideario de acción* (1924), el autor continúa con su prédica en este mismo párrafo hasta finalizar completamente, solo marcando una pausa, con un punto y seguido. Asimismo, se observa esta misma redacción en la transcripción aparecida en *El Repertorio Americano* (1923). Por otra parte, en *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925), la pausa señalada se convierte en cambio de ritmo, indicado por el punto y aparte, dando paso a otro párrafo, que se aparece entonces como el final. Advertimos que este cambio, tanto pudo ser un mero error editorial, o bien, una modificación con sentido indicada por el propio autor, como tantas que hizo a lo largo de las varias reediciones de sus libros.

y de la universidad moderna. Y yo prometo cumplir este deber hasta donde mis fuerzas alcancen, a fin de no ser indigno de esta Universidad de Santiago, una de las más ilustres de mi raza y una de las más obligadas a resolver el problema de nuestra estirpe y el problema del mundo. Y entonces, cuando hayamos cumplido con nuestras conciencias, que caiga sobre nosotros la bendición de Dios.

Ideario de acción, Ediciones Actual,
Libros de ahora, 1924, pp. 37-39.

José Vasconcelos. Conferencias sudamericanas y otros escritos (selección y prólogo de Raúl Trejo Villalobos), se terminó de imprimir en los talleres gráficos de:



Corrección de estilo: *Sr. Tarántula* | Maquetación: Cristina Barragán Hernández | Diseño de portada: Noé Martínez | Cuidado de la edición: Raúl Trejo Villalobos y Miguel Ángel García.

Morelia, Michoacán, México.

300 ejemplares.

mmxix.

En José Vasconcelos [...] no había uno sino muchos hombres. Las facetas de su compleja personalidad irradian luz en direcciones múltiples: abogado y filósofo, místico y político, escritor y maestro, es, sin disputa, la figura intelectual y humana más apasionante que ha producido México.

Eduardo García Máynez

Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe.

Alfonso Reyes





